

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE DERECHO



TESIS DOCTORAL

**Las nociones de justicia y de poder en el pensamiento
cristiano**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Eduardo Ordoñez Murguiza

Madrid, 2015

.266.805

5322941248

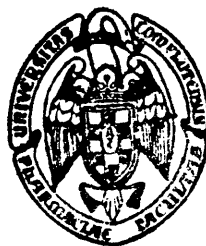
a: 282

Oz 2l
TE

529

CATOLICIDAD, LIBERALISMO Y COMUNISMO

**"Las nociones de Justicia y de Poder
en el pensamiento cristiano"**



BIBLIOTECA
DE DERECHO



PREAMBULO.

En la incompatibilidad de abarcar plenamente el tema Catolicidad, Libermanismo y Comunismo, sobre el cual seguiré trabajando, me ciño a un aspecto tan importante como el pensamiento cristiano, tan mal entendido por el libermanismo por un lado y comunismo por el otro.

El autor.



NOCIONES DE JUSTICIA Y DE PODER EN EL PENSAMIENTO

CRISTIANO

Según la concepción hebrea.

Según la concepción hebrea Dios es el único gobernante del mundo natural, ya que a El se debe la Creación del mundo: mas al mismo tiempo es el creador del mundo histórico, "el que ordena los tiempos y las circunstancias, pone reyes y quita reyes". - (Daniel cap. 11. vers. 21) gobierna pues a todos los pueblos de la tierra, les hace ascender y descender, de tal modo que todos los acontecimientos históricos se deben a sus designios. (Diluvio Universal, Torre de Babel etc), que enderezan las acciones de los hombres y restauran el orden quebrantado por el pecado. El Dios hebreo es por lo tanto Rey que gobierna efectivamente porque está dotado de un poder originario, tremendo y justo.

Junto a esta concepción cósmica, el Reino de Dios es una comunidad político-religiosa gobernada sólo por Dios mismo: el hombre ha tratado siempre de eludir el estar sometido al hombre, siendo por lo tanto su primer solución liberadora la teocracia; ningún hombre mandará sobre otro pues su dignidad y libertad sólo permite el señorío del Señor. "No reinaré entre vosotros, ni reinará tampoco mi hijo. Sólo Yavé será vuestro Rey". (Jueces 8, 23) Estas palabras de Gedeón pronunciadas en circunstancias concretas definen la existencia política de Israel, es decir

la Teocracia (palabra inventada por Josefo) y se constituye a través del acto sacro del Sinaí, pues antes no existía como pueblo, sino como doce tribus. Tal acto sacro constituye al pueblo de Dios, que llevará el nombre de Israel, es decir el señoreado por Dios, en la Nación Santa.

El Pacto del Sinaí es sacro pero a la vez político. En cuanto al pacto no significa una relación natural como la de otros pueblos orientales, sino el resultado de un acto histórico totalmente voluntario del pueblo hebreo. "Este pacto contiene los estatutos y derechos del pueblo de Israel, fuente de todo orden jurídico y que son simultáneamente los mandamientos de la ley de Dios". En la medida que el pueblo cumpla la Ley, es decir los términos del pacto, tendrá la protección de Dios, en la medida que deje de cumplirlos Dios le retirará la protección y le hará objeto de terribles castigos.

La idea del Reino de Dios tomó tres formas distintas que coinciden con tres épocas de la historia de Israel: la de los Jueces, o Teocracia inmediata; la de los Reyes o Teocracia mediata; y la época de la Cautividad o Esperanza es catalógica del Reino.

Por la primera el pueblo judío forma una estructura muy débil desde el punto de vista político, ya que sólo es una comunidad judicial y de culto. En ésta etapa no existe ningún poder permanente; el gobierno no es ejercido continuamente, ya que está en manos de los jueces que son



ros caudillos carismáticos, en quienes se hace presente el espíritu del carisma, o sea el Señor, y en cada caso ha de ser reconocido por todos los componentes de la comunidad, - ya que éstos no están sometidos a hombre alguno, sino sólo a Yavé; y cuando siguen a un juez no siguen a su persona, sino al espíritu del cual son portadores; es decir a la divinidad.

Con el Reino histórico la unidad política ya es más firme y el gobierno más permanente sin perder la idea de que el gobierno de Israel es de naturaleza sacra, es decir, la - monarquía establecida por Dios mismo a petición del pueblo hebreo, siendo por tanto don de Dios.

Por otra parte tienen carácter sacro los reyes porque a - través de los sacerdotes son ungidos con el santo óleo de Yavé y éste a su vez les comunica su espíritu. El Rey es así el Mesías y traducido al griego el Cristo.

Por encima de la monarquía está Dios mismo que no se confunde con el orden político de Israel, como no se confunde tampoco con los elementos del mundo natural, pero al mismo tiempo si El quiere interviene en la naturaleza, o en el orden político. El Rey por lo tanto tiene carácter sacro, pero no divino, como en el caso de las monarquías orientales. El poder del rey estaba limitado por la autoridad de los profetas que tenían gran crédito en las masas populares. Más los reyes por un lado se veían inclinados a los intereses políticos con lo que muchas veces se

vieron con la enemistad de los Profetas que defendían la pura esencia de la Alianza y en oposición clara en todo aquello que se desviara de ella (exageración del culto, nacionalismo, riqueza, etc) y en esta oposición entre los Profetas y Reyes se muestra el drama de la idea hebrea del Reino de Dios y en general de toda estructura política que pretenda - no hacer aplicación de los puros principios.



La idea cristiana del Reino.

El advenimiento de Jesús tuvo lugar en un tiempo de esperanzas mesiánicas y movimientos insurreccionales. Jesús, el Mesías, - que se designa así mismo "Hijo del Hombre" viene a establecer el Reino salvador. Más el evangelio entero es testimonio de que éste Reino no tiene carácter político. En ocasión de las tentaciones en el desierto. (Mateo 4, 8; y Lucas 4, 5) distingue Jesús el Reino de Dios y el reino de la tierra, por considerar que el puro deseo de poder y gloria política "la gloria de ellos" o "su gloria" implican adoración y servicio a Satán, incompatible con la unidad y servicio de Dios.

Según las tradiciones judías el rey Mesías haría su entrada triunfal en Jerusalén, a donde acuden todos los habitantes - portando ramas de palmeras, o sea el símbolo de la resistencia de los Macabeos. Más a ésta manifestación política, nacionalista y antirromana, Jesús responde haciendo su entrada en un pollino, lo que con arreglo a la tradición bíblica (Zacarías 9, 9) significa el Rey Salvador y humilde portador de paz.

El tercer momento lo constituye el prendimiento. Ya en los evangelios se ve la tensión que hubo aquella noche que se - prendió a Jesús por traición de Judas. Los discípulos tenían dos espadas, muy poco para resistir a la turba, pero posiblemente lo suficiente para intentar un movimiento insurreccional; más Jesús opone a la violencia un gesto de paz, siendo - por lo tanto su actitud un no al mesianismo político, y un no

a la apocalíptica militante. Finalmente ante Pilatos no se proclama rey del mundo sino rey de la verdad. La idea cristiana del reino está ausente de lo político; se trata de un reino no encuadrado por el espacio y por el tiempo, sino extendido en la eternidad; no fundado en la dominación, sino en la comunión; no integrado por la subordinación sino por la participación; no existentes en actos internos, sino encuadrados en ellos y viviendo originariamente en la intimidad de cada uno y no mantenido por el poder sino por la autoridad, que se identifica con el servicio a la comunidad.- El Reino de Dios trasciende pues a la tierra, pero adquiere presencia en ella en cuánto que el orden terrestre sufre - una trasfiguración a través de los que viven en la enseñanza de Cristo, sufriendo en su naturaleza el cambio debido a la gracia.

La salvación no está en un cambio político o en un alejamiento de la tierra como hacían los estoicos, sino en un intento decidido de realizar en la tierra un orden de vida cuya plenitud sólo existe en el cielo; en un intento por parte del - hombre de recobrar la semejanza con Dios destruida por el pecado.

Como es sabido, la teoría sociológica e histórica del nuevo Reino de Dios fué constituida por Cristo y recogida por Mateo en las Parábolas del Reino. El Reino de Dios es por un lado una realidad sobre-natural e invisible sobre una realidad invisible, pero que se manifiesta en la tierra como -

una sociedad visible por todos los que viven en Cristo, los cuales son miembros del polineuma celestial y por lo tanto conciudadanos del cielo. Esta sociedad visible es la Iglesia, que es de ésta manera la encarnación histórico social del Reino de Cristo; su Rey es Cristo: su espíritu, el Espíritu Santo: su Ley, la Ley Evangélica: y su pueblo los que viven en la Ley de Cristo. Se estructura pues en un cuerpo cuyos miembros dotados de diversos dones cumplen distintas funciones y están unidos entre sí en una comunidad de paz, justicia y amor. Este nuevo Reino corresponde a la tercera etapa de su historia, a la de la Ley Evangélica, que ha seguido a la Mosaica, y que a su vez había seguido a la natural. Los reinos terrenales y por lo tanto el Imperio Romano no sólo tienen derecho a la existencia, sino que son poseedores de un origen divino "No tendrías ningún poder sobre mí sino te hubiera sido dado de lo alto". En (Romanos 13, 1, y 7: Pedro 11, 13 y 17) aquí nos dicen los dos Apóstoles que el poder político aún habiendo sido establecido por Dios debe ser obedecido en distintos grados y jerarquías, más nunca adorado ni venerado.

La dialéctica de ambos reinos está desarrollada en el famoso episodio del denario: Se trataba de averiguar si se debía pagar el tributo al César o no. Pero "tributo" en el lenguaje de entonces no significaba aportación fiscal totalmente, sino más bien era, un vínculo de dependencia política y religiosa. Sólo el pueblo del Señor estaba libre del

mismo, a la vez que las relaciones con Dios tenían en la tradición hebrea expresiones estructurales análogas a las del tributo. Negar el tributo al César era proclamar la independencia a Israel, era hacerse rebelde al pueblo romano, a ese poder que decía Jesús que venía de lo alto. Más el César según la estructura romana era una realidad sacra, y por consiguiente reconocer al César con el pago del tributo era reconocer la sacrilidad del Emperador. Como sabemos, Jesús, a la pregunta respondió: "Dad al César, lo que es del César, más a Dios lo que es Dios". Más tarde San Jerónimo aclararía que para el César son las monedas y para Dios los votos y sacrificios. La diferenciación entre ambos reinos constituía una concepción totalmente nueva dentro de la vida tanto religiosa como política.

Bajo estos supuestos se hizo imposible la coexistencia pacífica entre ambos reinos y se abrió una lucha de tres siglos, no entre la Iglesia y el Estado, sino entre los fieles a Cristo y los fieles al César; es decir entre el reino cristiano y el reino pagano. De acuerdo al Evangelio los cristianos reconocen el derecho del poder político a la existencia y así también el origen divino del cargo imperial, pero naturalmente negando la divinidad del emperador. Al mismo tiempo la tensión de ambas "fides" obliga a aclarar el sentido de la proposición Paulina: "No hay potestad que no venga de Dios". La potestad, en efecto, viene de Dios como vienen nuestros sentidos, pero al igual que éstos se debe hacer buen uso de ellos, así el poder obedecido siempre que no se vaya contra



Dios.

En esta realidad histórica existente se manifiestan dos tendencias distintas, incluso opuestas. La una pretende integrar-la en el cristianismo, considerándola en parte como preparación y como vía que conduce al Reino de Dios (según esta tendencia los pensadores griegos vislumbraron las verdades divinas hasta dónde permite la luz de la razón, preparando el camino para explicar la revelación). A lo largo de toda esta época se forma un cuerpo de doctrina que puede esquematizarse en los siguientes puntos:

A) La concepción de la realeza divina como única, originaria y auténtica, a la que corresponde toda gloria e imperio y que ha triunfado de las fuerzas externas e internas que las resistían. La expresión litúrgica de esta idea fué el "Te Deum", cuyas primeras estrofas se formaron en el período de lucha — contra el imperio, y las segundas, en el siglo cuarto como — himno de la doble victoria frente al imperio pagano y la herejía arriana.

B) La correspondencia entre un Dios y un emperador, entre monoteísmo y monarquía universal, conmovida fuertemente por la querella en torno al problema de la Trinidad y la incorporación de este dogma a la Iglesia; así como la distinción entre el poder espiritual y temporal, que no dejó de estar presente en la metafísica medieval, siendo restaurada por Alcuino y su círculo, hasta secularizarse después en el argumento de la — unidad, según la filosofía Aristotélica.

C) La doctrina del reino terreno como arquetipo del reino celestial y del rey como vicario e imagen de Dios y participante de sus virtudes; participación que se realizará - más tarde a través de los ritos de la coronación.

D) La unidad entre la paz romana y la paz cristiana (entre nombre, orden y pueblo romano, y nombre, orden y pueblo -- cristiano) de los que son muestras los textos de los libros litúrgicos rogando la victoria sobre los enemigos del nombre romano y del pueblo cristiano, más el ruego de protección al imperio creado para la predicación del reino eterno y con ello el triunfo de la justicia sobre la violencia de los bárbaros.

Aunque San Agustín está en oposición a todo lo que significa poner la teología al servicio de los intereses políticos y a todo lo que represente supervivencia de pensamiento sacro político pagano, cuyos ecos resonaban todavía en Eusebio, también está en oposición a toda vinculación entre monoteísmo y monarquía universal, mostrándose partidario de un pluralismo cultural y político bajo la unidad de la Iglesia. Mejor hubiera sido, piensa San Agustín, lograr los resultados por la vía de la piedad, aún a costa de renunciar a la gloria del triunfo.

A pesar de ello, sienta el Santo los fundamentos para la futura idea del reino cristiano invirtiendo la concepción presentada por Eusebio, en el sentido, de que no será la Iglesia la que se integra en el imperio, sino el imperio el que



tegra en la Iglesia y sociedad cristiana.

Aunque la historia parte de la unidad de Dios y por lo tanto tiene un principio y un fin monista, trascurriendo todo dentro de un marco providencial, entre ese fin y ese principio y dentro de dicho marco, toda la historia a través de los tiempos se desarrolla dualisticamente en la famosa, reiterada y vivida contraposición de las dos ciudades (simbolizadas como de Dios y del Diablo) La ciudad terrestre ha sido hecha por los hombres y estos de naturaleza corrompida fabrican sus propios dioses. En cambio en la otra, en la ciudad en cuya tierra se siente peregrina, en ella no centra su existencia en torno a sí misma, sino que viene a ser la imagen de la ciudad celestial. Es esta ciudad y no la terrena, la que incita al orden celeste, es ella el reino de Dios; es decir la Iglesia militante, que está articulada a la sociedad interporal y eterna de la Iglesia triunfante. Por consiguiente, mientras en la sociedad terrena, o sociedad política, gira constantemente sobre sí misma en un proceso de creación y destrucción que no permite estabilizar nada, la Iglesia representa por su firmeza, estabilidad y permanencia, la justicia como corresponde a la eternidad de su Rey y del arquetipo sobre que se construye. Aunque la Iglesia, imagen celeste necesita de una paz externa que le proporciona la sociedad política, puede existir con autonomía de ella, y a su vez, integrar a los súbditos y gobernantes en la sociedad de ella; si tocados por la gracia vienen a vivir con arreglo a Cristo.

El Estado, no tanto como espontánea sociedad, sino basado en una relación coactiva de mando y obediencia, es una consecuencia del pecado, de la naturaleza corrompida; pero así como el pecado es neutralizado por la operación de la gracia, así también el Estado pierde su originario significado si incorporándose al orden de la gracia trata de restaurar — en la medida de lo posible el orden destruido por el pecado, haciendo que rijan la justicia originaria. No hay pues originaria oposición, sino por el contrario, posibilidad de integración de la sociedad y del orden en la Iglesia. Como el — hombre, el Estado, es un fenómeno natural, pues la sociedad está hecha de hombres, y así se ofrece el camino de imitar a Dios o imitar al Diablo; y con ello las dos ciudades de San Agustín.

San Agustín nos dice que la verdadera sociedad tiene como — finalidad la realización de la justicia y de la paz, de — las que se deriva la concordia, y solo en su adecuación al orden universal pueden encontrar ambos fines sólido fundamento, ya que la justicia es parte de un orden general, sólo en armonía con esta justicia; es decir, con éste orden, — con esta paz cósmica y microcósmica puede llegarse a la coe — xistencia. En resumen, solo articuladas con la justicia, — paz y orden cristianos serán firmes, sólidas y ciertas las Sociedades. Resulta así que es la adecuación al orden divi — no lo que funda auténticas y no aparentes sociedades políti — cas.

Es en la Iglesia de Cristo donde está la justicia, la paz

y el orden, de tal modo que si el soldado, el funcionario y el ciudadano llevaran a cabo cada uno de por sí la justicia cristiana, tal Nación sería grande y vigorosa.

Desde Cristo la única forma de comunidad humana es la Iglesia, es decir, la manifestación o figura terrenal del Reino de Dios, de manera que una comunidad al margen de la Iglesia carece de derecho a la existencia. No cabe hablar aquí de una dominación del Estado por la Iglesia, sino la integración de ese orden humano en la justicia de la Iglesia.

Bajo estos conceptos se consolida la concepción de la justicia, del orden y la paz iniciada por San Pablo y San Pedro, según la cual la justicia es, o debe ser ejercida como un ministerio de Dios. Según San Gregorio el Magno, "Dios ha dado poder al gobernante sobre los demás hombres para que abra a estos la vía del cielo; de modo que el reino terrestre está al servicio del celeste". San Isidoro de Sevilla nos dice a éste respecto. "La Iglesia es el cuerpo de Cristo formado por una pluralidad de Naciones, teniendo los gobernantes como finalidad proteger a los ciudadanos por medio de la justicía y, no serían necesarios sino impusieran por la disciplina lo que los sacerdotes son impotentes para imponer con la palabra, aprovechando de este modo el reino terrestre al reino celeste". Expresión litúrgica de la integración de la justicia en la Iglesia fué a parte de la unción real de la monarquía - hispano visigótica, la inclusión en la letanía de los Santos de las rogativas por la justicia la paz y el orden, entre los

gobernantes cristianos y a su vez por la justicia, paz y orden de la unidad cristiana. Recordamos que durante esta época se formula la doctrina de la guerra santa, en ocasión de la herejía donatista, siendo San Agustín y San Gregorio, partidarios de la legitimidad de la guerra para mantener la pureza de la justicia, la paz y el orden de la Iglesia.

El Imperio de Carlomagno se construyó ideológicamente bajo el arquetipo del Antiguo Testamento y la Ciudad de Dios de San Agustín. Carlos es para las ideas el nuevo David; su reino, su justicia, su gloria, su pueblo, es el nuevo pueblo elegido por el Señor; y como Rey modelado sobre el Antiguo Testamento tiene siempre a su mano un ejemplar de la Ley como fuente de inspiración legislativa. El Imperio de Carlomagno trata de convertir en realidad sociológica la idea de la Ciudad de Dios de San Agustín, peregrina en la tierra. Carlomagno es saludado después de su coronación en el 800 como renovador del Imperio Romano; en cuanto a este vocablo romano, no significa el Imperio en el sentido de unidad política, --sino en la de los pueblos cristianos que se rigen por la Iglesia de Roma.

El poder del Emperador viene de Dios por quién ha sido coronado. Su cargo tiene naturaleza sacra, más no su persona, a quien solo se le debe fidelidad. Los actos de voluntad como de cualquier auténtico representante no se le imputan a él --sino a Dios por ser Vicario de Cristo. Por eso Alcuino dice: "Sobre ti se apoya la Iglesia de Cristo; de ti se espera la salvación; de ti por tu justicia detendrás los crímenes."



rás guía de los extraviados, consolador de los tristes y afligidos y sostén de los buenos".

Con arreglo a los anteriores supuestos, los fines de los gobernantes son: ordenar la vida de tal modo que el Imperio sea la Ciudad de Dios, y con ello, la afirmación de la justicia a fin de que rija no solo la paz externa sino también la interna.

Bajo la vigencia de toda ésta tradición, el hombre de la alta edad media trata de construir el orden con una imitación del Reino de Dios en la tierra. La misión del gobernante es la restauración de la justicia originaria destruida por la rebelión del hombre, y con ello el esfuerzo continuado de volver a la Ciudad de Dios, cuya versión histórica era la Iglesia - contra la ciudad del Diablo, compuesta por los paganos o los que anhelaban quebrantar su unidad. Por consiguiente, reconocer el señorío de la Ciudad de Dios, era reconocer la verdadera justicia, mientras que por el contrario, era transformar la firmeza en debilidad. Quedándose por decir que siendo el Reino de Dios la realidad política, toda realidad política sólo puede existir en concordancia o armonía con ella.

De acuerdo con estos supuestos, el pensamiento de la Edad Media, está dominado por tres conceptos capitales:

- A) El misterium.
- B) El tipo.
- C) El Carisma.

El primero significa que el poder ha sido recibido a título de mandato para realizar la idea histórica, y con ello la justicia, la paz y el orden de la tierra con arreglo a lo divino.

El segundo significa, que la justicia, la paz y el orden terrestre han de ser copia de las divinas y los gobernantes - imágenes de Cristo. Este modelo divino es asequible a través de tres vías.

A) De las Sagradas Escrituras, mediante cuya interpretación no solo se obtiene la idea del Reino de Dios en ella revelada, sino también la de su curso histórico, ya que en sus textos está precontenido lo que ha de acaecer en el futuro.

B) De la contemplación mística que abre el conocimiento de - la justicia, paz y orden celeste.

C) De la observación y gobierno de la naturaleza como gobierno inmediato de Dios. El tercero de estos conceptos, o sea, - el carisma, es la expresión más intensa de la presencia de lo sobrenatural en lo natural y se manifiesta capitalmente en el rito de la unción regia que convertía al gobernante en "un - nuevo hombre" dándole los dones para el cumplimiento de su ministerio. Sobre estos tres conceptos giran las polémicas de la Edad Media.

La historia es concebida como un acaecer sacro que tiene por comienzo la creación y por fin el juicio final. Entre ambos y como acontecimiento eje que da sentido a la historia se in-

terpone la venida de Cristo. He aquí los tres puntos en los que se inscribe el curso histórico, cada uno de los cuales representa un eje entre el tiempo y la eternidad. Bajo este firme arco, el contenido de la historia está formado por el despliegue del Reino de Dios o de Cristo sobre la tierra. - La inscripción de la historia en la eternidad le hace transcurrir sobre un terreno firme cuando trascendiendo a la aparente mutabilidad e incertidumbre de las cosas terrestres - se interroga al modelo, o a la profecía que está entre ellas.

Esta firmeza que supone la transformación de lo perecedero en lo eterno, de la duda a la incertidumbre, se consigue - centrando la historia en algo trashistórico "puesto que la mudanza de los tiempos no tienen en sí consistencia". ¿Quién es el que estando en su sano juicio, puede negar que el sabio debe alejarse de ella y volverse hacia la ciudad única estable y permanente sobre toda la eternidad?". La historia transcurre bajo la inspiración de un modelo eterno que trata de realizar temporalmente en medio de la resistencia la justicia, la paz y el orden del modelo celestial.

El gobernante como Vicario de Dios.

La idea que el gobernante es el Vicario de Dios, arranca de San Pablo, y formulada por San Eusebio, se convierte en doctrina dominante a través del siglo noveno; siendo punto culminante en las discusiones teológico-políticas.

Con arreglo a esta doctrina, solo es Rey verdadero quien represente e imite al verdadero Rey; es decir a Cristo, ya -- que éste lo poseyó "por natura", mientras el Rey terreno lo obtiene "per gratiam". Como Vicario e imagen de Cristo, el Rey ha de estar sujeto a la Ley, ya que Cristo pudo escoger varias vías para operar la salvación y no eligió la del poder, sino la de la justicia. Más no en todos los Reinos, la consagración regia iba precedida con arreglo a las órdenes o ritos de la coronación. Tenía, eso sí, una importancia de primer orden para las ideas y creencias de la época, pues no sólo eran compendio de la filosofía del tiempo, sino el signo visible entre la creencia y el Imperio, en cuyas ceremonias -- veía el hombre del medioevo, la vinculación entre el reino terrenal y el arquetipo celeste. Era pues un acto litúrgico y a la vez político, mostrando a la vez la tensión que había -- entre los dos ritos de la Iglesia, siendo ésta, la Iglesia, -- la que sostenía la frágil embarcación de las querellas entre los hombres, por medio de la justicia, y que si alguna vez no se ejecutaba, estaba presente, y a su sombra despertaba la verdad y hacia ella se iba.



Todos los testimonios medievales justifican que el poder terrenal tenía por misión la defensa de la Iglesia y el mantenimiento de la justicia: Defender la Iglesia, era defender - "La Civitas Dei" en su dimensión histórica; asegurar la paz y la justicia en un orden social que fuese en lo posible imágen del orden sobrenatural, como mostró San Agustín; y éstas tienen realidad en cuánto sin imágen de la justicia eterna.

La defensa de la Iglesia no solo se refería a los enemigos - externos, sino internos: era la defensa de la comunidad cristiana en la que cada reino tiene su tarea y derecho a la - existencia. El Reino de Dios dice San Pablo " No es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo".

(Romanos 13, 17)

Ya desde San Agustín y Dante la justicia y la paz es algo - consustancial a la humanidad y condición para el cumplimiento de su destino. La paz y la justicia, a partir del pensamiento Patristico era necesario para el mantenimiento de la Creación, sencillamente porque esta encierra el orden, y el orden es la paz; en segundo lugar porque sin justicia y paz, los hombres se destruyen así mismos, aniquilando en parte - la obra del Creador. Por eso Dios, en su suprema justicia, - dió lo necesario al hombre para restaurar la paz y la justicia destruída por el pecado.

La paz a su vez sirve a la Creación, articulada al orden - Cósmico y al orden subjetivo de cada persona, no sólo porque ésta es parte de la Creación, sino por ser el hombre -

un microcosmos, de tal modo que la verdadera justicia conlleve paz que comienza en la justicia corporal y terrenal y termina en la paz y justicia celestial.

No hay pues una paz exclusiva de la política, como quieren hacernos creer en los Estados modernos, ya que hay un orden concreto de carácter total, que comienza con la paz interior del hombre y continúa en su familia hasta llegar por su orden de expansión a la justicia y paz nacional y mundial. Sería imposible llegar a esta justicia y paz en el orden político, mientras no se esté de acuerdo con la paz y la justicia que reina en la justicia y paz celestial. Supone pues un acuerdo externo que venga del acuerdo interno: acuerdo de corazones en el orden externo y, más claro todavía, una concordia, una creencia, una convicción en la bondad del orden.

Más no podrá haber jamás éste orden mientras no se de a cada cual lo suyo, pero no derivado de leyes positivas, sino nacidas de la voluntad del hombre, siguiendo un proceso del orden natural, o del orden espontáneo de la sociedad en un proceso histórico impersonal: en resumen, no podrá haber concordia sin justicia, ya que como expresa San Agustín la justicia es el rasgo y condición precisa para la paz.

No se establece la justicia mediante una decisión de la voluntad, ya que el orden no es creado por el hombre, y sobre todo por el hombre individual, sino que fué dado por Dios - de una vez y para siempre; y lo único que cabe aplicar



el hombre es tratar de hacerlo según la Regia voluntad del que lo creó. La justicia originaria es más del Creador - que de la criatura, y si éste la posee es como por inclinación o reflejo.

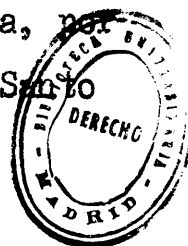
De las virtudes morales.

Don Alonso Tostado, Obispo de Avila, en su obra sobre "Filosofía Moral" pregunta cual de las virtudes es más soberana, y - considera al final de su estudio que es la prudencia y después la justicia para seguir la fortaleza y la templanza. Mas Aristóteles, en su libro tercero del "Ethicorum" dice que la justicia le parece la más clara y noble de todas las virtudes, ya que el lucero de la mañana y de la noche no es más obse que - ella, y añade que la justicia es juntamente todas las virtudes.

Santo Tomás nos dice en el Artículo 12 a la pregunta de si la justicia descuella sobre todas las virtudes morales lo siguiente: "Si hablamos de la justicia legal, es evidente que ésta - es la más preclara entre todas las virtudes morales, en cuánto el bien común es preeminente sobre el bien singular de una persona, y en tal concepto escribe Aristóteles (lo que en líneas anteriores referimos sobre la justicia) Pero aún, sigue el Angélico, refiriéndonos a la justicia particular, también ésta - sobresale sobre todas las virtudes por dos razones: la primera, por parte del sujeto, porque reside en la parte más noble del - alma, en el apetito racional, o sea en la voluntad, en tanto - que las otras virtudes morales radican en el apetito sensitivo, al cual pertenecen las pasiones, materia de las otras virtudes morales. La segunda razón deriva del objeto, ya que las otras

virtudes son alabadas solamente en atención al bien del hombre virtuoso en sí mismo, mientras que la justicia es alabada en la medida en que el virtuoso se conduce bien respecto a otro; y así la justicia es, en cierto modo, un bien de otro, como Aristóteles escribe "las virtudes más grandes son más útiles a otros, puesto que la virtud es una potencia bienechora, y por esto son honrados preferentemente los fuertes y los justos, porque la fortaleza es útil a otros en la guerra, más la justicia lo es en la guerra y en la paz". Sigue el Angélico, aunque la liberalidad de lo suyo, sólo lo hace en tanto en ello considera el bien de la propia virtud. Mas la justicia da a otro lo suyo en consideración al bien común. Además, la justicia es observada respecto a todos: la liberalidad en cambio, no puede extenderse a todos; en fin, la liberalidad que da de lo propio se funda sobre la justicia, por la que se da a cada uno lo suyo. La magnanimidad incrementa su bondad cuándo sobreviene a la justicia; sin la justicia aún no tendría razón de virtud. La fortaleza aunque tenga por objeto las cosas más difíciles, no versa sin embargo, sobre las mejores, por ser solamente útil en la guerra, mientras que la justicia lo es en la guerra y en la paz, como acabamos de decir".

Hemos visto como el Angélico considera la justicia dentro de las virtudes morales, o sea las adquiridas por costumbre, o por gracia especial del cielo, como la virtud primera, por las razones anteriormente dichas: también nos dice el Santo



que hay dos justicias, una a la que debemos sujetarnos individualmente y otra respecto al bien común: veamos como el hombre puede llegar a esta primera, para que la tierra entera - resplandezca en justicia semejante a la celeste.

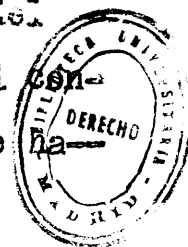
Es el hombre compuesto de carne y espíritu, como un medio entre bestias y ángeles, necesaria como es que participe de ambas propiedades a la vez, es decir sensualidad y razón; para que con los apetitos de la una se conserve el individuo y especie humana, más con la razón se conserve y discurra en el apetecer y por lo tanto no se salga de los lindes que la naturaleza le tiene puestos. Esta dos partes suelen llamarla - los teólogos parte inferior y superior, ya que la razón sujeta a la primera, por ser ésta ciega y la razón ojos de prudencia para guiarla.

Dice Melchor Cano en el Capítulo tercero del "Tratado de la victoria sobre sí mismo", que el primer encuentro espiritual en forma de batalla es contra la gula, ya que habiéndonos - dado la naturaleza todo lo necesario nos pasamos a lo superfluo y entramos con esta gula a la madre de todos los vicios, ya que de ella aparece su hijo predilecto que es la lujuria, ya que de "vientre goloso nace parto lujurioso" apareciendo - despues la pereza, puesto que con la pesadumbre de la comida no se puede levantar en alto el corazón, teniendo las alas - pegadas en la liga de la muelle carne quedando el hombre inhabil para la meditación y el trabajo y sí apto para hablar vacío y sin fruto, entrando de lleno en un hablar irritante.

En el Capítulo IV de esta misma obra el autor nos dice al hablar sobre la lujuria "Hace a los hombres, hombres de noche, que como lechuzas y otros animales nocturnos no pueden alzar los ojos a ningún resplandor ni hermosura celeste, haciéndose al hombre sin temor al daño y a la vergüenza y sin respeto al bien que pierde y al mal que incurre, porque el vicio de la lujuria les cubre la vista como una bestia a la noria, o como a Sansón los filisteos, cuando le sacaron los ojos en la tahona. Finalmente, de tal modo se les ciega la razón que todo el afecto que se debería poner en Dios se emplea en las cosas de este mundo, pudiendo decir de ellos aquello que San Pablo dijo de la viuda "La viuda que así viviere, viviendo - muere";

En el Capítulo VI el mismo autor nos dice de la ira que, — cuando esta sobreviene con un deseo de venganza se comete — grave culpa, siempre que tal apetito no sea reglado por la razón, de suerte que cuando la autoridad pública le compete el castigo de otros, no se le puede llamar ira, no siendo — por lo tanto vituperable y si loable, por la misma razón que la justicia hacia uno mismo imprimiese mano dura para exigir se así lo mejor. A pesar de todo, Salomón aconseja que nadie se haga amigo de hombre iracundo ya que es inhábil para amigo.

En el Capítulo XII al hablar sobre la avaricia nos dice Melchor Cano: El buscar la hacienda para las necesidades del cuerpo no hay duda que es acto de prudencia, así por el contrario, buscar lo superfluo y apropiarse para sí lo que



bía de ser común contraviene la condición humana y es manifiesta señal de rotura de conciencia. Si los avaros no fuesen imprudentes bien verían que no es la hacienda la que da contentamiento, pues vemos a muchos ricos en afán insaciable en adquirir, sin gozar jamás de aquello que adquirieron, y por el contrario vemos a los pobres que están en alegría continua o al menos sonrientes de ese poco que Dios les dió. Este defecto nace como es lógico del poco afecto y temor a Dios que provee de todo lo necesario a los buenos y a los malos y aún a las avicillas del cielo como dice el Evangelio. ¿Y piensa el mísero que a los hombres les ha de faltar agua cuando les sobra a las aves del cielo, como si Dios no tuviera más cuidado por los hombres que por las bestias?

Al hacer comentarios sobre el tema de la avaricia, mal del presente, y de todos los presentes de la humanidad, aunque no llegase a la desorbitación de ahora, pues viene a ser como su símbolo, debemos recordar aquello del Evangelio. "Porque crecerá con abundancia la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos". Sin embargo nada debe impedirnos el hacer el bien, primero para ser imitadores de nuestro Padre, y después porque da una caricia especial el hacer el bien; sin contar conque -- casi todos los vicios de los necesitados se deben atribuir a nosotros; ya que somos nosotros los que los hacemos ingratos socorriéndoles fríamente y hasta malignamente, ya que hacemos clamor de nuestro dar. Séneca enseña algo a los cristianos que debíamos aprender de él, cuando dice: "No es razón para que la muchedumbre de los ingratos nos haga tardos en ha--

cer el bien, ya que somos nosotros los que les hacemos faltar a su correspondencia". Es muy posible que si socorriéramos a los pobres a su debido tiempo ellos mismos mudarían sus costumbres, por eso sus miserias humanas de alguna manera son necesarias, pero las nuestras voluntarias y casi diabólicas. ¿Por qué, qué podemos decir de una Nación cristiana en dónde se vive un tanto de espaldas del Evangelio? ¿Acaso no es el Evangelio el libro de la vida y en él no se habla constantemente de caridad? ¿No son estas palabras de la Sagrada Escritura? "Haced bien, y rogad a Dios por los que os persiguen e impugnan". ¿No era Sócrates hombre gentil y no andaba siempre de casa en casa amonestando a los hombres - para que fueran mejores? Cristo nos dice: El que tiene dos túnicas dé una al que no tiene" o en aquella tremenda contestación del Señor: "Ricos, ay de vosotros que tenéis - aquí vuestros consuelos". Nada aprovecha al hombre adquirir y guardar contra la voluntad de Dios en cuya mano están todos los sucesos. ¿A cuántos ricos una chispa de fuego los arruinó o una sencilla palabrilla calumniosa? De ningún modo deberíamos tener en olvido de "No vive el hombre con pan sólo, sino con la palabra y voluntad de Dios". Y en otra parte: "No consiste la vida del hombre en la abundancia de las cosas". ¿Qué cosa más clara contra el ansia de amontonar que las conocidas palabras del rico - avariento? Las rentas aumentadas extremadamente le habían producido tal seguridad de vivir que se decía a sí mismo: "Alma mia, goza de tus bienes, pues estás prevenido por

muchos años. "Pero aquella noche oyó lo que todos en su momento oiremos. " Esta noche morirás, tanto como has atesorado, - ¿para quién servirá? Con la costumbre de los vicios se nos ha hecho tal callo en el alma que ya no vemos ni nos condolemos de los que vemos a nuestro alrededor y olvidamos aquello que dijo el Sabio: "El que calumnia al pobre para aumentar riquezas, tendrá la pena de dárse las a quien es más rico que él, y llegará a ser necesitado". Oigamos a San Pablo que incita a los corintios a dar limosnas: "Poderoso es Dios para aumentar en vosotros todo género de gracia; esto es, para que tengáis que ejercitar vuestra misericordia; y teniendo siempre en todas las cosas todo lo que basta, nada os falte con abundancia para toda obra buena y benéfica, como está escrito: Repartió, dió a los pobres, y su justicia permanecerá por los siglos de los siglos; quiere decir que la caridad, misericordia y beneficencia, no parece, sino que a la manera de la semilla que se echa en la tierra, produce frutos abundantísimos, y conseguirá las alabanzas de los hombres y el premio de Dios; el que da la semilla al que siembra, esto es, el que os da con que socorrer a los pobres; dará también pan para comer, y multiplicará vuestras simientas y aumentará el incremento y multiplicación de las mieses de vuestro justo modo de obrar, para que enriquecidos en todas las cosas, tengáis en abundancia todo género de sencillez y sinceridad de corazón o liberal voluntad de hacer limosna, que es lo que produce en nosotros y por nosotros la acción de gracias de Dios, porque por ella la damos a su Majestad, pues el ministerio de este oficio y cargo,

esto es, el dar limosna, no sólo suple lo que falta a los cristianos, sino que lo aumenta con abundancia por medio de las acciones de gracias que se hacen al Señor".

En el libro tercero "de los reyes o de los Reinos", leemos que habia en la población de los Sidonios, una viuda, que tenia en su casa tan poca harina que podia caber en un puño, más unas gotas de aceite; habiendo salido a por leña - y habiéndola recogido para cocer para sí y su hijito una torta, acertó a pasar por alli el profeta Elías y le pidió de comer, prometiéndole a ella que jamás le faltaría comida: lo creyó la viuda y le dió cuánto tenia. Mas tarde, jamás le faltó a la vasiija el aceite y al cuenco de la harina el grano para hacerla".

Naturalmente que responderemos muchos que buscamos la seguridad para la vejez o para nuestros hijos, y a ello nos cabe - razonar con nosotros mismos preguntándonos: ¿No recuerdas - aquello de los sapientísimos reyes? "Más de una vez he detestado y abominado la industria y solicitud con que trabajé acá abajo cuidadosamente, habiendo de tener despues un heredero, - de quien ignoro si será sabio o necio, y se hará dueño y disfrutará de los trabajos que yo sudé y anduve ansioso . ¿Hay - cosa tan vana? Por lo mismo dejé la fatiga, y mi corazón dejó todo nimio trabajo sobre la tierra, porque trabajando uno con sabiduría y solicitud, deja para un ocioso lo que habia - adquirido". Hasta aquí Salomón. Más nosotros estamos tan ciegos que no aceptamos los ejemplos de los demás hombres



mo si ellos o nosotros no tuviéramos la misma naturaleza mortal. Sin contar con que alguna vez Dios nos quita los hijos y se repite aquello de los Salmos: "Dejarán sus riquezas para los extraños y no tendrán otra cosa que su sepulcro; en su errado juicio durarán sus edificios de generación a generación; pusieron sus nombres a las frentes de sus tierras". Otros hay que hubieran sido magníficos jóvenes sin esas riquezas, haciendo parecer como si sólo heredaran junto al dinero un saco de vicios; más hay mas y es, que tales amadores de la riqueza no amaron ni a sus propios hijos, estos los olvidaron con igual rapidez que los bienes heredaros: Pena justa del Talión que permite Dios para que abramos bien los ojos. Oí--mos al Santo Tobías cercano a su muerte cuando habla a sus hijos: "Oid, hijos, a vuestro padre. Servid con verdad al Señor; procurad saber lo que es agradable para ejecutarlo; hablad a vuestros hijos para que den limosna y se acuerden de Dios y le bendigan en todo tiempo con verdad y con todas sus fuerzas". Todo el Libro IV de Tobías está lleno de sentencias, con lo que le conviene a un padre dejar a sus hijos y nunca dice del oro o la plata: También dice que "al avariento guardador, sucede heredero gastador" y tambien aquello que dice: "Ni al heredero bueno le hace falta el dinero, ni al ma-lo, porque el primero lo adquirirá con facilidad y el segundo lo desperdiciará con rapidez.

No creo que es necesario repetir más ejemplos ni del pasado ni del presente, ya que de todos son conocidos y repetidos -

en la antigüedad por los mismos escritores gentiles, y es, a saber: que veneramos muchas veces a los hijos por la grandeza de los padres, cuando han sido como dice San Pablo "Templos de Dios", ya que es templo todo el mundo que inicia su justicia en sí, para que esté a punto de hacer justicia en los demás, por la sencilla razón que lo que da Dios a cada uno, no se lo dió para él sólo.

Escribiendo Platón a Architas, le dice: "No hemos nacido para nosotros solo, sino para la patria y los amigos". Ninguno por lo tanto debe ignorar que todo cuánto recibió no es más que sencilló depositario y a la vez dispensero y repartidor; y esto mismo nos lo dice el mismo Dios: "De gracia habéis recibido lo que tenéis; dadlo sin interés y de gracia". Y otro tanto repite Jesús en la conocida parábola de los talentos:

Así habla el Señor en el Deuteronomio: "No faltarán pobres en la tierra donde habites; por tanto, yo te mando que abras la mano para el necesitado y pobre que vive contigo en ella", y así lo declara también David en el Salmo XI "Dichoso y bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre, - el Señor le librará en el día del Juicio".

No se manifiesta el Señor solícito de sus ceremonias y sacrificios; lo que quiere y exige del hombre es la misericordia - y ésta sola promete el galardón; y así el Profeta Isaías dice por su boca: "Quieren entrar con Dios en cuentas y acercársele con éstas reconvenciones: "¿Por qué no haces caso de nos-

otros, siendo así que hemos ayunado? ¿Por qué si hemos sido humildes hiciste como que no nos oías? Mirad, porque en vuestros ayunos sólo hallo vuestro amor propio y en cambio estrecháis con toda ansia a los que os deben, aunque sean pobres y miserables; no es éste el ayuno que agrada al Señor y así procura deshacer las obligaciones que caminan a destruir al pobre con usuras; dale tu pan al hambriento y abriga en tu casa a los necesitados que no tienen dónde meter la cabeza; al que vieres desnudo, vístele, y no lo desprecies ya que es de tu misma carne y naturaleza; entonces si que brillará tu luz como la mañana y tu salud nacerá perfectamente; tu justicia y buenas obras irán delante de ti, y la gloria del Señor te - acogerá; entonces clamarás y el Señor te oirá enseguida y dirá: Aquí estoy pronto.

Tenian los filósofos por señal el ir desnudos de los pies y la pobreza en el vestido; los judíos la circuncisión; los soldados ahora y siempre sus divisas, más tambien sellan y distinguen las mercaderías, más ¿cuál es la señal de los discípulos de Cristo?"En esto dice Jesús: - Os conoceréis si os amais de corazón los unos a los otros". Y despues dice: Este es mi precepto y mi primero y principal dogma".

Es esencia y naturaleza del amor hacerlo todo en conjunto, - ya que el que de verdad ama, cuida más las cosas del amigo, que de las suyas propias; más ¿quien no ha visto/^{que}entre nosotros no va cada cual a su negocio? Así San Pablo reprende

en los Corintios: "Uno se muere de hambre y otro harto y embriagado". Estamos por lo tanto bien lejos de considerar a nuestro prójimo como nuestro hermano y empleamos toda clase de engaño para apropiarnos de lo muy poco que posee. Por eso nos dice San Juan en las Epístolas: "El que tenga hacienda en este mundo y viendo a su hermano tener necesidad le cerrare las entrañas: ¿cómo podrá tener caridad y amor a Dios?" Y aña de más adelante: "Si alguno dice que ama a Dios y no ama a su prójimo a quien está viendo todos los días: ¿Cómo puede amar a Dios que no le ve?"

El Señor nos mandó hacer el bien, más desear hacer el bien a todos. Y creemos que Cristo nos ha de satisfacer por lo que hacemos. ¿Dejaríamos de ayudar con todas nuestras fuerzas al prójimo? Más si nos lo prometiera algún rey mortal, ¿qué duda cabe que correríamos ha hacerlo? La realidad es, que hablamos como si lo creyéramos todo; más sin embargo vivimos como si en nada creyésemos.

No sin gran razón llamó San Pablo a la avaricia la servidora de los ídolos, pues con amar con exceso al dinero nos apartamos de la fé, que es la única nave segura. Creo que deberíamos recordar que ningún pecado sentenciaron los apóstoles con la muerte, más sí la avaricia de Ananías y de su mujer; contra el vicio de éstos, usó San Pedro de su autoridad, no por medio del tormento, sino con la eficacia de su voz, porque sabia bien el odio y la guerra que la avaricia en



sí contenían contra las buenas costumbres y que pasado el tiempo había de arder en el presente de hoy. "Hijos míos, -amonesta San Juan-, no amemos la palabra, sino las obras". Más Santiago añade: "Sed ejecutores de la palabra y no oyentes solamente".

¿Cerca de la cuantía de lo que debemos dar y a quien se ha de hacer, recordemos estas palabras: "Da a todo el que te pida, no despidas al que te suplica, haced bien a los que os persiguen, amad a los os aborrecen, y rogad a Dios por los que os abominan y maldicen". Así debe portarse al que se eleva con entera confianza en Dios; mas algo más adaptable a nuestra Naturaleza es aquello de Tobías". Haz limosna de tu hacienda y no apartes tu cara del pobre, porque así lograrás que no se aparte el rostro de Dios, procura servir misericordioso del modo que puedas; si tienes mucho, da mucho; y si poco, poco; pero siempre de buena gana". No disuena esto, con lo que dice el Ecclesiastés "Antes de tu muerte haz bien a tu amigo y en alargándote según tu piedas, da al pobre".

Cuentan que Aristóteles habiendo dado limosna a un hombre pobre, pero malo se lo reprochó un amigo y el Estagirita contestó: "No me he apiadado de él sino de su naturaleza". Más el vale de Dios y Señor de todos es de la siguiente manera". Lo que hicisteis a cualquiera de estos pequeñuelos, a mí me lo hicisteis". En el Evangelio de San Lucas recoge-

mos estas palabras de Cristo". El que es fiel en lo menos, lo es tambien en lo más; el que inicuo en lo poco lo es también - en lo mucho". San Pablo termina del siguiente modo: "El que es enseñado en la fé, de parte de todos sus bienes al que le enseña; no erréis: Dios no puede ser burlado, porque lo que el hombre sembrare, eso cogerá; el que siembre en su carne cogerá la corrupción; mas el que siembre en su espíritu, del espíritu cogerá la vida eterna; no desmayemos en obrar bien; que perseverando cogeremos a su tiempo; y así mientras tenemos tiempo, hagamos todo el bien que podamos a todos, pero - en especial a los fieles, que por ser lo son nuestros domésticos."

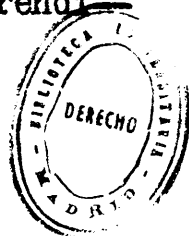
El Señor por boca de Santiago nos dice: "Guardaos de hacer vuestras buenas obras en presencia de los hombres con el fin de ser vistos por ellos; de otra suerte no tendréis el premio que os ofreció el Padre; por eso cuando des limosna no lleves a nadie delante para que lo publique con su trompeta, que es lo que hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados por los hombres. Te aseguro que ellos ya recibieron su premio, pero tu al hacer limosna cuida tanto el secreto, que tu mano izquierda no sepa lo que hizo la derecha, para que de este modo esté oculta la limosna, y tu Padre al verla escondida, te dará el premio eterno".

LA JUSTICIA, EL DERECHO Y EL PODER EN FRANCISCO

DE VICTORIA.

En el tratado sobre "La Justicia" expone Francisco Victoria idénticas razones que el Angélico, ya que "la justicia es en orden a los demás, mientras que las otras virtudes, son en orden así y no en orden a los demás". Queda sin embargo por aclarar lo que entendemos por justicia, ya que esta justicia puede tomarse en doble sentido. Uno, en cierto modo absolutamente general, en cuanto que comprende todas las virtudes; - tal es la justicia "que es toda virtud" la cual no es propiamente justicia, ya que en este sentido no se dice algo en orden a los demás, sino más bien en orden a sí mismo. Otro, en un significado más particular "en cuánto implica restitución en orden al prójimo", y así entendida constituye la justicia propiamente tal, pues se distingue de las demás virtudes.

En cuánto a la definición de Justicia, Francisco Victoria - acepta expresamente la de Justiniano y Ulpiano, que admitían ya San Ambrosio y San Agustín". La constante y perpetua voluntad de dar a cada uno su derecho". Esta definición es seguida por Santo Tomás, la mejor y más universal, ya que las otras que señalan los juristas, como vivir honestamente, no dañar a nadie y dar a cada uno su derecho, están comprendidas en aquella definición.



Esta justicia se divide según la tradición en tres especies: Cayetano nos dice "que si se hace la comparación de la parte al todo, se llama justicia legal; de la parte con la parte, y brota la justicia conmutativa del uno al otro. Y en tercer lugar, es el todo con la parte, y así nace la - justicia distributiva".

Determinada así la noción de justicia, Victoria pasa a considerar el concepto del Derecho. Según el significado son totalmente sinónimas las palabras "derecho" y "ley", si bien Victoria usa más veces la primera que la segunda. De aquí - nace el que alguien llegue a deducir que no llego a distinguir el concepto natural de la ley natural, más si se considera a fondo el problema deberá decirse todo lo contrario. No sólo separó estos dos conceptos que Belarmino identificaba, sino que los distinguió con claridad, usando sólo indistintamente el nombre. De aquí se sigue la distinción hecha anteriormente entre justicia general y particular; la justicia general comprende la vida moral y la particular - "dice restitución en orden a otro" y no regula toda la vida ética del hombre, sino las relaciones con los demás. Incluso la justicia particular es verdadera y propia justicia, por que como se ha dicho es esencial a la justicia el orden a - otros. Ningún otro respecto se mezcla en esta justicia sino "el que se restituya" al otro, lo que "de él ha sido quitado" para que se restablezca la igualdad. Por esto, dicha - justicia se define como "constante y perpetua voluntad de

dar a cada uno su derecho". La división de la justicia a que antes nos referíamos, se deriva de que la "igualdad" puede establecerse entre dos particulares, como los que venden y compran o "entre la República o comunidad y la persona privada. Se deduce que la justicia particular tiene un determinado límite, que es mantener o restituir la igualdad de lo que se debe a la comunidad o a la persona privada; por consiguiente, el derecho que es objeto de la justicia queda restringido a éste campo.

La distinción entre derecho natural y ley natural aparece más clara si consideramos la esfera de la jurisdicción del Estado" puesto que la ley civil pretende formar buenos ciudadanos en cuanto esto es conducente para lograr en la república la felicidad natural". Y hay diferencia entre ser buen ciudadanos y hombre honesto porque "es compatible que un hombre cumpla con todas las leyes civiles siendo un vicioso". Por consiguiente el Estado o República en cuanto se mantiene dentro de los límites de sus problemas, no dirige al último fin, sino que solo intenta conservar el orden entre los ciudadanos o entre la comunidad y los ciudadanos". Es evidente, después de esto, que la justicia y su objeto el derecho no es lo mismo que la ley moral natural.

Por una parecida razón, la distinción nace del hecho de que el Estado no puede prohibir todos los males, ya que "para una debida convivencia, muchas veces conviene permitir los

males menores: así si no se permitiese la fornicación vendrían mayores males. Y así se manifiesta al preguntarse de sí el juez secular debe proceder según la corrección que nos habla el Evangelio, la razón está en que "el juez espiritual está en la corrección del hermano, mientras que el magistrado busca el bien de la comunidad". Con lo cual viene a decir que el ámbito de la justicia y del derecho natural no se extiende sino al establecimiento de las relaciones de los ciudadanos y de la comunidad en "orden a otro". Así como no es misión del Estado dirigir en el orden espiritual, así no puede castigar las trasgresiones de la ley natural, sino solo la lesión del derecho natural — que de cualquier modo se derivara en orden a otro, bien sea persona privada o comunidad.

Si queremos declarar brevemente todo lo que Victoria comprende en el derecho natural podemos afirmar que "el derecho natural no se extiende a toda la ley natural, sino solo a aquello que es de alguien (persona privada o comunidad) a saber: "no perjudicar a nadie y dar a cada uno su derecho". Por otra parte, el derecho natural es independiente de toda ordenación positiva, ya divina, ya humana: así pueden existir determinaciones de derecho natural rectas, que no lo son en el derecho positivo y viceversa. Esto mismo lo expresa Victoria respecto de la Revelación divina sobrenatural. Aún cuando no existiese la Revelación divina, los principios de derecho natural quedarían inactos. Este



derecho natural se refiere primeramente a la paz, a la seguridad, a la conservación del orden, lo cual no es sino explicación de que el derecho es "orden a otro". Victoria llega así a la concepción de Estado y de toda la filosofía social "sin salir del puro derecho natural". Hay que afirmar, no obstante, que Victoria estuvo muy lejos de afirmar que el derecho natural no pertenezca a la ley natural, derivando su origen, el último término, de Dios.

¿Cómo podemos saber que algo es de derecho natural? Victoria responde por medio de tres proposiciones: Primero "todo aquello que con la luz natural es admitido por todos como justo y conforme a la recta razón, siendo tenido su contrario como in justo, debe decirse y es derecho natural "Segundo" todo aquello que se deduce y se concluye en buena consecuencia de los principios evidentes por sí mismos, es también derecho natural. "Tercero" todo lo que en buena consecuencia moral, moralmente conocida y muy probablemente de derecho natural, de tal modo que no se vea ninguna probabilidad para lo contrario, debe decirse de derecho natural en el tercer grado". En fin, podemos añadir lo que dice Cicerón "que el derecho natural es, no lo que produce la operación, ni que enseña la tradición, sino lo que está gravado por una especie de fuerza innata". Admitida la noción de derecho natural, se comprende fácilmente la del derecho positivo", porque todo derecho distinto del natural es positivo".

El curso de la evolución del Estado podemos describirlo con las siguientes etapas que señala Francisco Victoria:

A) La sociedad humana va creciendo constantemente desde la primera familia. B) La multitud aumenta de día en día, vive en cierta comunidad, en que el padre de familia retiene el derecho natural su potestad. C) Pero la evolución llega a un límite en que no basta la autoridad del padre. D) Es aquí cuando esa muchedumbre que ha vivido en unidad familiar y amigable, se une "en una unidad de más apretado vínculo" de dónde sale el Estado. El Estado es pues, una unión dentro de la sociedad humana, unión de orden superior al de la sociedad humana en general. En este sentido el Estado no es otra cosa que estabilización, confirmación de la unidad de la sociedad humana. El Estado es una unidad superior" ya que la República dice por sí unidad". La unidad de la sociedad humana es unidad verdadera, pero no firme y estable; por el contrario, la unidad del Estado es, por su esencia firme y constante. Esta unidad es el mayor bien del Estado, "de tal modo que sin ella no puede perdurar la ciudad". Pero esta unidad no se da nunca por sí sola, porque si cada hombre actúa según su propio parecer, toda la multitud se disgrega, - de dónde se sigue que se necesita una potestad, o poder que constituya esta unión. Esta potestad para lograr la unión de la multitud debe destruir esa igualdad o indistinción, que no es más que confusión de todos, constituyendo en la comunidad la jerarquía de superioridad e inferioridad, con lo cual lo-

gra firmemente la unidad. Por tanto la unidad del Estado no es más que el orden de la subordinación" porque si todos -- fueran iguales... se habia de quebrar la república".

Para constituir esta unidad no basta la potestad abstracta, sino que se requiere que alguno o algunos sean designados para administrarla, ya que la multitud por sí misma no puede -- ejercerla. En ninguna parte está determinado si han de ser uno o varios los encomendados en esta comisión, pero de todos modos esos ejecutores del poder han de ser elegidos, -- pues sin esto no puede lograrse la unidad ya que el orden -- en su misma noción incluye prioridad y posterioridad. De todo lo expuesto se deduce que para Victoria, la noción del Estado requiere" multitud que sea puesta en unidad por -- obra de un poder" la cual unidad no es de igualdad sino de subordinación. La unidad que constituye la razón formal -- del Estado, como unidad superior que es, se nos manifiesta en la comunicación de unos hombres con otros, con la cual, comunicación afianzada, confirmada y conservada por la "comunión del derecho" es decir por las normas y leyes, se logra la utilidad común. Esta noción Victorina sobre el origen del Estado concibe la división de las cosas como posible solo en el Estado, en la multitud" reunida por consentimiento del recho y común utilidad". Añade que no parece posible la división de las cosas por el derecho humano ya que "por derecho natural , todos los hombres son iguales" y continua: "Si hubiese habido un príncipe bien podia ha-

berlo hecho". Victoria soluciona la duda diciendo que este poder no sólo conviene al príncipe, sino a la comunidad, es decir, al Estado.



Fin del Estado.

El fin del Estado según Francisco Victoria es algo terreno, ya que hay dos vidas, una terrena y otra espiritual y ambas marchan de acuerdo con la justicia, por eso son necesarias dos potestades "Una, que presida el orden terreno, para regular la vida terrena; otra, que presida en lo espiritual, para ordenar lo espiritual". La potestad civil tiene por objeto ordenar la vida presente, lo cual significa expresamente que el fin de la potestad civil y del Estado es la ordenación de la vida y, a la vez pone de manifiesto que este fin es de orden terreno, de tal modo que se daría "aún en el caso de que no hubiera felicidad despues de esta vida". Por lo tanto no tiene por fin sino aquello que pertenece a la presente vida, a la tierra. Pero esta determinación no es aún del todo suficiente, pues por medio de la Iglesia las mismas cosas sobrenaturales se hacen, por decirlo así, terrenas: y no obstante no pertenecen al Estado, - pues "la potestad civil no se extiende sino al fin y al efecto natural". Si los bienes a los cuales se debe llevar a los hombres y los males de los cuales hay que apartarlos perteneciesen solo a la vida política presente, es claro que sería suficiente la potestad temporal y laica, a la que toca ocuparse de éstas cosas. Pero como no es ésta la realidad, se requiere además otra potestad, a la que compete la administración y la ordenación respecto del fin sobrenatural, pues "la ley civil pro

cura hacer buenos ciudadanos sólo en orden a la felicidad natural dentro de la república y no en orden a la felicidad sobrenatural. El fin del Estado es "sólo la bienaventuranza natural, no la espiritual", pues se ordena al bien natural de la república.

Relación entre fin del Estado y el fin sobrenatural.

La relación que existe entre el fin del Estado y el fin sobrenatural no es aquella por la cual una disciplina inferior se ordena a otra superior, como tampoco "la potestad temporal no depende de la espiritual de un modo absolutamente igual a como una disciplina o facultad inferior depende de otra superior". Las disciplinas inferiores sin la superior no tienen razón de ser, pues por su misma naturaleza existen en orden a ella, puesto que son "disciplinas orgánicas, instrumentales". Ahora bien, el fin del instrumento depende necesariamente del fin de aquello para lo que sirve como tal instrumento; por tanto, si desaparece ese fin superior" el instrumento carece de toda utilidad, y aún más deja de ser instrumento". La condición de la potestad y el fin civil es totalmente de otro género, porque aunque no se diera potestad espiritual ni fin espiritual, subsistirían todavía la potestad temporal y el fin civil, o sea "cierto orden en la república temporal" o lo que es lo mismo, la paz y tranquilidad civiles que constituye el fin del Estado. Síguese pues, que

el fin del Estado es en sí mismo completo y perfecto e independiente del fin sobrenatural también completo y perfecto en su orden. Así como la esencia del Estado subsiste por sí misma con total independencia de toda otra comunidad, así también su propio fin.

Noción y naturaleza del bien común.

Según Victoria, el fin por el cual se reúnen los hombres es por el bien común. La naturaleza, en efecto, "sugirió a los mortales para su protección y conservación" que vivieran en comunidad. Porque efectivamente para la seguridad de los mortales son necesarias asambleas y asociaciones. En el estudio precedente vimos que este fin consiste en la paz y en la tranquilidad de la república, que se logran por la unidad, el orden y la organización estatal. Por eso el fin del Estado que constituye el bien común, para Victoria, es la misma unidad del Estado, cierta ordenación del organismo social.- Así como el bien humano para lograr el bien común de todos los miembros, o sea el bienestar de todo el hombre, se requiere una virtud ordenadora en el alma, así en el Estado es necesaria una potestad que atienda al bien común, el cual consiste precisamente en esa unidad que así surge, porque es por ella por la que la actividad de cada uno se ordena al bien de todo. El bien común es el fin por el cual se constituye el Estado y a la vez lo que regula y dirige la -

vida del mismo. Este bien es de distinta naturaleza que el bien privado. Se deduce de la misma comparación arriba propuesta entre la organización del hombre y del Estado. Así como no es de la misma condición el bien de los miembros aislados y el del todo del organismo, sino que este último es algo más elevado y más noble, no solo por razón de cantidad sino de categoría en especie, así el bien del Estado se distingue específicamente de los bienes particulares. - También se deduce esto del hecho de que las familias aisladas no se bastan así mismas, sino que necesitan de algo más eficaz y más alto. Del mismo modo, una comunidad de hombres no constituirá todavía en Estado, ya que tiene por objeto el que "cada uno lleve las cargas de otro". Pues bien, entre todas las sociedades humanas el Estado es la comunidad más conforme y conveniente a naturaleza, porque en ella se consigue plenamente cierto bien superior, que es el bien común. Dice que "es falso que las virtudes deban ordenar sus actos al bien público" ya que el acto virtuoso no dice relación al bien público; de ahí que "para la conservación de este bien dado que es difícil conducirse rectamente en la observancia de las leyes, sea necesaria una especial virtud". Se requiere una especial virtud para el bien común, porque es de distinta naturaleza, aparece sobre todo esta superioridad del bien común en la cuestión de su hay obligación de cumplir la ley en orden al bien común, aún con peligro de la vida y en el de la propiedad privada. En todos los casos el

principio fundamental de nuestro autor es "siempre se ha de preferir el bien común al particular" ya que para Victoria el bien común es más perfecto y más divino, como dice el Angélico.

Para entender mejor el bien común, Victoria parte del examen de la justicia legal y distributiva y comienza nuestro autor por la definición de Cayetano" si se compara la parte con el todo, tenemos la justicia legal cual rige entre un súbdito y un rey" y más adelante añade: "Conforme al tripe orden que se puede dar en cualquier lugar, se pueden distinguir tres especies de justicia, puesto que puede darse orden de las partes al todo (la justicia legal ordena las partes al todo) Ahora bien ¿es la justicia legal la — justicia más excelente entre todas?

Santo Tomás nos dice "Si nos referimos a la justicia legal, evidentemente tanto es más excelente que las demás virtudes morales, cuanto el bien común es superior al bien particular de una persona".

El bien común en relación con el individuo.

Según Victoria, el individuo, independiente del Estado posee ciertos derechos, los cuales alcanzan tanto a los bienes espirituales, sobre los cuales tiene dominio de propiedad, ya que "tales bienes nunca fueron comunes" como a

los naturales que "no tienen otro fin inmediato sino el mismo hombre" y a los de fortuna, honor y riquezas, sobre los cuales el "hombre es señor en propiedad". Y este dominio es de derecho natural, pues "cualquier individuo en estado de naturaleza íntegra, es decir de derecho puramente natural, era dueño de todas las cosas creadas y podría usar y buscar de todas ellas". Es de capital importancia señalar en la teoría Victorina, la idea de que esta organización, es decir la misma república, no es un fruto de una convención humana, sino que pertenece al derecho natural. La autoridad del Estado no proviene de una disposición positivada sino de la misma naturaleza, como algo a lo cual, naturalmente, tiende el hombre a fuer de animal político que es. Siendo el Estado de derecho natural, de este mismo derecho brotan las obligaciones del individuo respecto del bien común. Por tanto todo aquello que los ciudadanos deben hacer o sacrificar por el bien común es exigencia del derecho natural.

Siendo el "hombre por naturaleza" animal político forma parte de la república "de dónde se sigue que todo el ser del bien común se funda en la naturaleza del hombre; es por tanto el Estado un desenvolvimiento de la naturaleza humana, algo trascendente sin duda, pero también algo inmanente, pues teniendo todo su fundamento en la naturaleza humana, en ésta naturaleza se halla siempre entrañado.

Puestas así las cosas por F. Victoria, está abierto el cami-

no para la solución del problema de las relaciones entre el individuo y el Estado. El bien común inmanente a los individuos no destruye la libertad de derecho natural en ellos. Los ciudadanos son libres aún en el Estado y no puede el príncipe gobernarlos como esclavos, porque como libres, son dueños de sí y no pertenencia ajena. Si un príncipe los gobernara en provecho propio les haría agravio, pues es "hacer esclavos de ciudadanos". Los ciudadanos tienen obligación de obedecer a la república o al bien común, porque este es un fin en ellos inmanente; pero ordenarse a un fin ajeno es cosa de esclavos y no es propio de ciudadanos. En cuanto a esto de la libertad no hay diferencia, sea monarquía o república; ya que una es la autoridad y otra es la libertad, pues la relación a las potestades en cuanto con este nombre se designa la determina el derecho positivo. - Así dice Victoria "la potestad civil no ha sido constituida por naturaleza sino por ley", porque la misma república, en cuanto comunidad perfecta, es de ley natural; pero no - el que este u aquel ejerzan la autoridad, ni que sean uno o varios los que administren la potestad, ni que la república de a quien la halla de dirigir una jurisdicción plena o limitada. Los príncipes no sólo no pueden impedir la libertad de los ciudadanos, sino que tienen la obligación de defenderla.

Toda la legislación se funda en esta posición del individuo en el Estado. La ley es la que ordena los ciudadanos al



bien común, por lo cual, en la legislación, debe atenderse en primer lugar al bien común, sin que sea lícito olvidar los derechos del individuo. Ante todo la ley debe ser justa, es decir, sólo pueden mandarse las cosas que sean lícitas y justas, ya que los súbditos no están obligados en conciencia si la ley no es justa. Por consiguiente, la ley y el Estado, que significan lo mismo que el bien común, no tiene exclusivamente en sí mismos el motivo último de la justicia y la injusticia; por lo tanto "la sentencia injusta, sea quien sea quien la halla dado, no obliga", y por consiguiente tampoco la ley. Y la consecuencia es clara. - ¿Por qué había de obligar la ley injusta más que la sentencia? La ley perjudica más.

Tres cosas se requieren para que la ley sea justa: Primero, la potestad en el que da la ley; luego, el fin, esto es, el bien común, y tercero, que el legislador imponga a los súbditos leyes onerosas conforme a la igualdad de proporción.- La primera de éstas leyes es clara queda por explicar la segunda y la tercera.

La ley debe ordenarse al bien común, pues si la ley no se da para el bien común, si se imponen cargas "que no pertenecen a la utilidad común", la ley es injusta. Según el Angélico "la ley que sea injusta, por cualquier causa, no obliga en el fuero de la conciencia, a no ser tal vez para evitar el escándalo". Si, por consiguiente, el príncipe -

diese leyes que sirviesen para su comodidad, o la codicia, o la gloria propias; sí, solo se preocupase de la comodidad de unos pocos, tales leyes serían injustas y nadie sería obligado a ellas". Vitoria, repite, que la ley debe ser "útil para la república y moderada para los demás; que no sea onerosa, ya que la ley debe ordenarse siempre al bien común; - primero por derecho, "porque así debe hacerse". Segundo: "de hecho, no solo porque no deba hacerse de otro modo, sino porque, si se hace, no será ley". La tercera condición de la ley es que debe ser justa, es decir, es necesario que el legislador tenga delante de los ojos la razón de la justicia distributiva; y esta justicia se tiene por la relación de todo a la parte. Más la justicia distributiva no es tan estricta como la conmutativa. En la distribución de los bienes debe observar el príncipe dos cosas: primero que den los bienes a personas de buenas cualidades; y segundo, que los bienes co-munes se distribuyen de tal manera que cada cual tenga su parte. No se hace la distribución por el capricho del príncipe, ya que el bien común corresponde a toda la comunidad, y por ésta razón, conviene su parte a todos por igual.

En cuánto a la justicia distributiva que regula la distribución de los bienes comunes no se establece igualdad entre el que dá y el que recibe, sino entre los mismos que reciben, ya que no corresponde a esta justicia establecer la igualdad absoluta, sino asegurar la igualdad proporcional.

La potestad del Estado.

La fuente y el origen del Estado, dice Victoria, no es una invención humana, sino que es la misma naturaleza, la cual ha dado tal inclinación a los mortales, que no pueden vivir sino en comunidad. Pero si de ese tronco nacen las comunidades humanas, en la misma raíz se encuentra la razón de la potestad civil y su necesidad, pues, "es el mismo uso y la utilidad, tanto en la potestad pública como de la comunidad y la sociedad". Ninguna sociedad puede permanecer sin fuerza alguna y sin una potestad que la gobierne. Ya hemos visto como está por encima del Estado la comunidad perfecta, - suficiente así misma, la cual posee los medios para realizar su fin, pero para tal fin es necesario la potestad "la república debe ser perfecta y bastarse a sí misma en orden a su fin: tales son las repúblicas bien constituidas; debe tener por consiguiente, toda potestad necesaria para conseguir el fin.

Más ¿que es potestad? Al determinar esta noción debemos distinguir entre poder y potestad. Toda potestad es poder; esto una facultad de obrar o una energía; más no todo poder es potestad. Potestad dice más que poder; añade a la noción de poder "una preeminencia y autoridad" que es una fuerza, - por cuyo valor asiste una competencia, un derecho a aquél que tiene potestad. Luego la potestad obliga por su poder



moral a los otros. Así define la potestad "es la facultad, autoridad o derecho de gobernar la sociedad civil".

El fin de esta potestad es gobernar la república, o la ordenación u administración de ésta república. Siendo pues - este orden u organización la razón formal de la república, es claro que la potestad que determina aquella a su efecto, es la causa formal del Estado; más esta potestad es de derecho natural, porque sin ella no puede permanecer la comunidad de los hombres; por consiguiente, la potestad en el Estado no es en relación a la multitud organizada en el Estado, lo que es el alma respecto al cuerpo; de tal manera que "ante el Derecho natural no deja lugar alguno para un nuevo sujeto del poder civil, distinto de la comunidad".

Esta potestad del Estado no es de la misma naturaleza que la privada. La privada mira con preferencia al bien propio y no puede legislar, mientras que la pública mira el bien común y tiene la facultad de dar leyes.

La personalidad del Estado.

Aunque Francisco de Victoria no emplea este término de personalidad del Estado, su doctrina contiene todo lo que pertenece a la razón perfecta de este concepto; veamos. Presupone ante todo como perfecta aquella comunidad, que es por sí misma, un todo, a la cual conviene obrar por sí misma, y

no administra sus asuntos con cualquier otra comunidad. En esta noción se descubre la unidad de la república, que ya pertenece según definición, a la noción del Estado, pues - el Estado es cuerpo al cual no le falta nada: esto es un - organismo perfecto, un cuerpo místico. Además a este cuerpo le conviene obrar, más el obrar es propio de la persona, que debe ser independiente y completa en sí misma, pues sus asuntos son como otra cualquier. Además a esta república le conviene administrar y procurar el bien común cosas - que dentro de lo humano le conviene a las personas. Es también el sujeto de la potestad civil, y de tal manera que - nunca puede ser privada de esta potestad, pues la potestad es inherente e inmanente a ella en forma inalienable. En esta razón indica Victoria, que la potestad que existe en la república es única, la misma que es administrada por los ministros u organos de la potestad, puesto que los reyes - son ministros de la república para ejercitar la potestad. - Pero aún cuando posea el rey toda potestad no está sobre la república, sino por encima del pueblo. Es también él una - parte de la república, y en cuanto a tal, es obligado por las leyes de la república, aunque hayan sido dadas por él - mismo. Según Victoria, "el rey es una parte de la república, es elevado por encima del pueblo, pero no por encima - del Estado" por mucho que esté sobre toda la república, es, sin embargo, una parte de la misma. Esto es, está sobre el pueblo, pero es y sigue siendo parte del mismo Estado.

JUSTICIA Y PODER EN EL PENSAMIENTO PONTIFICIO CONTEMPORANEO.

Diuturnum Illud

(León XIII)

La autoridad política.

En ésta encíclica, primera pieza fundamental del "Corpus politicum", no se trata del poder político propiamente dicho. En él se estudia el origen de la autoridad política, entendida como derecho a mandar y el ser obedecido por los gobernados. La tesis católica del origen divino de la autoridad civil se enfrenta así con la teoría del "derecho nuevo". El planteamiento de ésta cuestión opera en el campo estrictamente teológico y filosófico. La prueba filosófica consta de tres argumentos: A) la sociabilidad natural del hombre unida al concepto del bien común: B) la obediencia política como obligación de conciencia: C) el consentimiento universal de los pueblos respecto a la procedencia sagrada de toda autoridad.

Dos advertencias importantes hace León XIII en esta encíclica: no es contraria a la católica la elección del gobernante por el pueblo; no contradice tampoco la doctrina de la Iglesia el que, salvada la justicia, los pueblos elijan por sí mismos el régimen político más ajustado a su carácter o

su historia.

Con respecto a la primera advertencia, es necesario subrayar la expresión pontificia según la cual la función del pueblo en la elección del gobernante es designativa de la persona y determinativa de facultades, pero no es "collativa" o atributiva de los derechos de la autoridad. Expresión que debe ser sentida en un sentido amplio, pero que no por esto deja de ser significativa. El problema de las formas del gobierno no está tratado "in recto" en el "Diuturnum Illud". Queda remitido a una encíclica posterior "Au milieu" dirigida al episcopado de Francia.

Doctrina católica sobre el origen de la autoridad.

La Sagrada Escritura demuestra que el poder viene de Dios, -- así como la tradición de la Iglesia. Lo demuestra también -- la razón, ya que Dios ha creado al hombre como ser social y sin autoridad no puede haber sociedad. En segundo lugar, -- porque la obediencia a la autoridad es deber de conciencia, -- deber que lo ha impuesto Dios, por venir todo poder del Dios mismo.

Esta doctrina sobre la autoridad es la única que ennoblece el poder del gobernante y la obediencia del gobernado. Con-

solida el Estado, ahogando en el gobernado todo espíritu de rebeldía y cortando en el gobernante todo abuso de poder. - Conjuga pues, el deber normal de la obediencia justa con el deber excepcional de la desobediencia legítima; ya que le recuerda al gobernante que el poder viene de Dios para bien de los gobernados. La situación presente exige remedios eficaces, pues ya no basta la severidad de las leyes, es por tanto sobretodo, la acción libre y eficaz de la Iglesia sobre las almas con lo cual esta presta la Iglesia para ayudar al Estado, ya que la Iglesia es amiga siempre del poder legítimo y de la libertad verdadera, siendo por el contrario enemiga de la licencia y de la tiranía; con lo cual decimos que la Iglesia es baluarte de la autoridad y la defensora del pueblo.

La Constitución cristiana del Estado. - Immortale Dei. (León XII

El punto de partida de esta encíclica es la tesis central del "Diuturnum Illud". La "Immortali Dei" viene a ser como el desenvolvimiento de las virtualidades implícitas en la tesis del origen divino de la sociedad y de la autoridad política. Siendo el hombre ordenado a vivir en comunidad política, la autoridad es necesaria en el Estado, ya que esta proviene de Dios, más sin embargo no está vinculada a una forma determinada de gobierno; su razón legitimadora es sólo el bien común, por lo que hay que obedecer a la autoridad civil y ordenadora, siendo la rebelión contraria a su -

propia naturaleza.

El Estado está obligado a dar culto a Dios en la forma que Dios ha establecido, siendo una grave obligación que los gobernantes deben a Dios y a los ciudadanos. Siendo la Iglesia una unidad jurídica y perfecta no es inferior al Estado. Existen por lo tanto dos autoridades, una sobrenatural y otra natural, es decir, una eclesiástica y otra civil; dos sociedades específicas para sus fines; la Iglesia y el Estado. Teniendo cada una su esfera y competencia propia; más como el sujeto pasivo de ambas potestades es el hombre, y hay cuestiones que pertenecen bajo diferentes aspectos, a la competencia de una y otra, se sigue que, Dios ha dispuesto que vivan y actúen en plena armonía. Es necesario por lo tanto que tengan una relación "unitiva" cuya medida y esencia está determinada por la naturaleza y los fines propios de la Iglesia y el Estado. Todo lo sobrenatural es de la Iglesia, y todo lo temporal es del Estado.

Esta concepción presenta extraordinarias ventajas, ya que quedan asegurados la dignidad del gobernante y los derechos de los gobernados; la familia, la justicia de la legislación y la seguridad de la obediencia.

"Libertas Praestantissimum". (León XIII)

La libertad y el liberanismo.

Enlazada directamente con "Inmortale Dei", la carta "Liber-

tas", constituye un esfuerzo del Pontificado para defender la libertad humana del marasmo inminente de la anarquía, y para evitar a tiempo la irrupción de las grandes dictaduras que los papas proveían ya en el horizonte. Es pues una llamada de atención al mundo, recogida en amplios sectores, pero no aceptada en general por los gobiernos.

Doctrina Católica sobre la libertad.

El objeto directo de esta exposición es la libertad "moral" considerada tanto en el individuo como en la sociedad. Conviene exponer primeramente unas ideas sobre la libertad "natural" pues si bien ésta es distinta de la moral, es sin embargo la fuente y el principio de dónde nacen y derivan espontáneamente todas las especies de libertad.

El juicio recto y el sentido común de todos los hombres, voz segura de la Naturaleza, reconoce solamente esta libertad en los seres que tienen inteligencia o razón; y es esta libertad la que hace responsable al hombre de sus actos. No podía ser de otro modo. Porque mientras los animales obedecen solamente a sus sentidos, y bajo el impulso exclusivo de la naturaleza buscan lo que es útil y huyen de lo que les es perjudicial, el hombre tiene a la razón como guía en todas y cada una de las acciones de su vida... Pero la razón a la vista de los bienes de este mundo, juzga de todos y de cada uno de ellos que lo mismo pueden existir que no existir; y concluyendo por esto que ninguno de los referidos bienes es absoluta-

mente necesario, la razón dá a la voluntad el poder de elegir lo que ésta quiera. Ahora bien, el hombre puede juzgar de la "contingencia" de estos bienes que hemos citado, porque tiene un alma de naturaleza simple, espiritual, capaz de pensar; un alma que por su propia entidad, no proviene de las cosas corporales ni depende de estas en su conservación, sino que, creada inmediatamente por Dios y muy superior a la común condición de los cuerpos, tiene un modo propio de vida y un modo no menos propio de obrar; ésto es lo que explica que el hombre, con el conocimiento intelectual de las inmutables y necesarias esencias del bien y de la verdad, descubra con certeza que estos bienes particulares no son en modo alguno bienes necesarios. De esta manera, afirmar que el alma humana está libre de todo elemento mortal y dotada de la facultad de pensar, equivale a sentar la libertad natural sobre su más sólido fundamento.

Ahora bien, así como la Iglesia es la más alta defensora de la espiritualidad e inmortalidad del alma humana, así también es la Iglesia la más defensora de la libertad. La Iglesia ha enseñado estas dos realidades y las defiende como dogmas de fé.

La libertad moral.

Considerada en su misma naturaleza, esta libertad no es otra cosa que la facultad de elegir entre los medios que son



aptos para alcanzar un fin determinado, en el sentido de que el que tiene facultad de elegir una cosa entre muchas, es dueño de sus propias acciones. Ahora bien: como todo lo que uno elige como medio para obtener otra cosa pertenece al género del denominado bien útil, y el bien por su propia naturaleza tiene la facultad de mover la voluntad, o más exactamente es la voluntad misma, en cuanto ésta, al obrar, posee la facultad de elegir. Pero el movimiento de la voluntad es imposible si el conocimiento intelectual no la precede iluminándola como una antorcha, o sea, que el bien, es deseado en cuanto es conocido previamente por la razón. Tanto más cuanto que en todas las aboliciones humanas la elección es posterior al juicio sobre la verdad de los bienes propuestos, y sobre el orden de preferencia que debe observarse en estos. Pero el juicio es sin duda alguna, acto de la razón, no de la voluntad. Si la libertad reside en la voluntad que es por su propia naturaleza un apetito obediente a la razón, síguese que, la libertad, lo mismo que la voluntad, tiene por objeto un bien conforme a la razón. No obstante como la razón y la voluntad son facultades imperfectas, puede suceder, y sucede muchas veces, que la razón proponga a la voluntad un objeto que, siendo en realidad malo, presenta una engañosa apariencia de bien, y que a él se aplique la voluntad. Pero así como la posibilidad de errar y el error de hecho es un defecto que arguye un entendimiento imperfecto, así también adherirse a un bien engañoso y fingido, aún siendo indicio de libre

albedrío, como la enfermedad es señal de la vida, constituye sin embargo, un defecto de la libertad. De modo parecido, la voluntad, por el solo hecho de su dependencia de la razón, - incurre en el defecto radical de corromper y abusar de la libertad. Y ésta es la causa de que Dios, infinitamente perfecto, y que por ser sumamente inteligente y bondad por esencia es sumamente libre, no pueda en modo alguno querer el mal moral; como tampoco los bienaventurados del cielo a causa de - la contemplación del bien supremo.

La libertad social no consiste en hacer el capricho personal, sino en vivir según los dictados de la ley eterna. Todo derecho positivo deriva de la ley eterna, a través de la ley natural, siendo su fuerza obligatoria. La libertad social incluye la necesidad de obedecer a la ley y de someterse a la autoridad; en última instancia a Dios. Más esta obediencia no suprime la libertad sino que la garantiza y dignifica, ya que Dios es el fin supremo de la libertad del hombre.

"Au milieu des sollicitudes". (León XIII)

Las formas de gobierno.

La finalidad doctrinal del documento está concretada en la determinación de los principios reguladores de la legitimidad de los gobiernos de hecho y, en general, de las formas de gobierno. León XIII separa claramente dos planos en la cuestión.

En el terreno especulativo es posible determinar la superioridad



dad relativa de una forma determinada de gobierno. Porque la esencia de la cuestión no reside en la estructura interna de las formas políticas, sino en la orientación teleológica de éstas formas políticas al bien común. En el terreno práctico, cada pueblo tiene un régimen político concreto, producto de la concurrencia simultánea de múltiples factores circunstanciales. Dos consecuencias: el católico es libre en sus - apreciaciones dentro del plano especulativo, pero en la práctica debe acatar el régimen establecido.

Más ¿cómo justificar los regímenes políticos nuevos que por la violencia suceden a los antiguos?

La justificación opera a través de un doble hecho conjugado: la anarquía subsiguiente al derrocamiento del régimen antiguo y la necesidad social positiva de recuperar el orden político perdido. Es el bien común, por tanto, el que justifica la obediencia a los nuevos gobiernos de hecho.

Hasta aquí la respuesta al problema francés de la legitimidad de la forma republicana de gobierno.

"Rerum Novarum". (León XIII)

Deberes del Estado.

Entendemos como Estado, no como existe en este pueblo o en aquel, sino tal como demanda la razón conforme con la Naturaleza y cual demuestran que deben ser los documentos de la

divina sabiduría.

A) Fomentar el bien común.

Los que gobiernan un pueblo deben primero ayudar en general, y como un globo, con todo el conjunto de leyes e instituciones, administrando y ordenando el Estado, tanto a la prosperidad privada como a la pública. Porque éste es el oficio de la prudencia cívica y deber de los que gobiernan. Ahora bien: lo que más contribuye a la prosperidad de un pueblo es la probidad de las costumbres; la rectitud y orden de la familia; observación de la religión; moderación y equidad en el reparto de las cargas públicas; en el progreso de la técnica y comercio; en la agricultura y otras semejantes, que cuanto con mayor empeño se promueven, mejor y más feliz hacen la vida de los ciudadanos.

Con el auxilio de todo esto pueden los gobernantes aprovechar a todas las clases y aliviar muchísimo la suerte de los proletarios; y esto en uso de su mejor derecho y sin que nadie pueda tenerlos por entrometidos, porque debe el Estado, por razón de su oficio atender el bien común. Y cuánto sea mayor la suma de provechos que de esta general providencia dimanare, - tanto será menos necesario intentar nuevos caminos para el - bienestar de los obreros.

B) Ejercer la justicia distributiva.

Hay que tener en cuenta otra cuestión que va más a fondo de

la cuestión. En la sociedad civil es una e igual la condición de las clases altas que las ínfimas. Porque los proletarios son, con el mismo derecho que los ricos y por naturaleza, ciudadanos es decir, partes vivas de que, mediante las familias, se compone el cuerpo social; y aún puede añadirse que en todas las ciudades su clase es sin comparación la más numerosa. Y si es absurdo cuidar de una parte de los ciudadanos y descuidar la otra, síguese que debe la autoridad pública tener cuidado conveniente del bienestar y provecho de la clase proletaria; de lo contrario, violará la justicia, que manda dar a cada uno su derecho. Dice el Angélico: "Como las partes y el todo son una misma cosa, así lo que es del todo, es en cierta manera de las partes".

Aunque todos los ciudadanos, sin excepción alguna, deben contribuir en algo a la suma de los bienes comunes (de los que espontáneamente toca a cada uno parte proporcionada) sin embargo, no todos pueden contribuir lo mismo y por igual. Cualesquiera que sean los cambios en las formas de gobierno, existirán siempre en la sociedad civil esas diferencias, sin las cuales no puede ser ni concebirse sociedad alguna. De necesidad habrá unos que gobiernen y otros que hagan leyes, unos que hagan justicia y otros que con su consejo y autoridad dirijan los negocios de los municipios o la guerra. Y nadie hay que no vea que estos hombres, cuyos negocios son los más graves, deban ser en todo pueblo los primeros: porque ellos trabajan por el bien de la comunidad. Por el contrario, distin-

tos por los servicios que prestan a la sociedad los que ejercen un oficio o técnica, si bien estos últimos, aunque menos directamente, sirven de modo amplísimo a la utilidad pública. El bien social, debe ser para que con él y a través de él se hagan los hombres mejores en la virtud que es lo que principalmente se ha de poner.

Interés para la clase obrera.

Toda sociedad bien constituida debe procurar suministrar los bienes corporales y externos "cuyo uso es tan necesario para realizar la virtud". Ahora bien: para la producción de estos bienes, no hay más necesario, ni más eficaz, que los trabajos de los proletarios agrícolas e industriales. Aún más: es tanta su fuerza y eficacia en esta parte, que con grandísima verdad se puede decir que el trabajo de los obreros es el que logra formar la riqueza nacional.

Obligación de retribuirles parte de lo que ellos aportan.

Exige, pues, la equidad, que la autoridad pública exija cuidado del proletario, haciendo cuidado de fomentar todas aquellas cosas que se vea en algo pueden aprovechar a la clase obrera. Y ésto, no sólo no perjudicará a nadie, sino que servirá de provecho a todos; porque interesa muchísimo al Estado que no sean desgraciados aquellos de quienes provienen esos bienes de que el Estado tanto necesita. Nadie contribuye al bien común de manera más eficaz que la clase obrera, siendo necesario favo-

recer su bienestar porque es laborar por el bien común de la sociedad.

Evitar cualquier daño a la comunidad e individuo, es el fin y la razón de la soberanía.

Está bien, como hemos dicho, que no absorva el Estado al ciudadano y a la familia y se les deje facultad de obrar con libertad en todo aquello que, salvo el bien común y sin perjuicio de nadie, se puede hacer. Pero los que gobiernan deben proteger a la comunidad y a los individuos que la forman. Deben proteger a la comunidad, porque a los que gobiernan les ha confiado la Naturaleza la conservación de la comunidad, de tal manera que esta protección o custodia del público es no sólo ley suprema, sino el fin único, la razón total de la soberanía que ejercen y deben proteger a los individuos o partes de la sociedad, porque la filosofía, lo mismo que la fé cristiana, convienen en que la administración de la cosa pública está, por su naturaleza ordenada no a la utilidad de los que mandan, sino a la de aquellos sobre quienes se ejerce, ya que el poder viene de Dios y es comunicación de la divina sabiduría atender lo mismo a las cosas individuales que a las generales. Así pues, cuando surja algo en contra del bien de la comunidad o de alguna de las clases sociales, ha de intervenir la autoridad, y si no puede remediarlo en todo, evitarlo en parte.

Algunos particulares deberes que la custodia del orden impone

a la autoridad.

León XIII enumera algunos casos en que debe intervenir el Poder Público dentro del campo social, habida cuenta la función de custodia del bien común y la protección de los súbditos; cuando se perturba el orden; cuando se abusa del trabajador; cuando no se tiene en cuenta su dignidad humana. La autoridad puede y debe invadir el campo de la empresa, en la medida necesaria, para liberar al oprimido, para evitar enérgicamente que se pervierta el orden de la justicia.

Evitar y castigar toda violación de la justicia.

La autoridad debe guardar los derechos de todos cualesquiera que fuesen, y debe proveer que a cada uno se le guarde lo suyo, evitando y castigando toda violación de justicia. Débese tener muy en cuenta los derechos de la clase ínfima y pobre, ya que la clase adinerada, fuerte ya de por sí, necesita menos la tutela pública; más las clases que no cuentan con defensas propias están necesitadas peculiarmente del Estado. Por tanto, el Estado debe dirigir sus cuidados y providencias a los asalariados que forman parte de la clase pobre y necesitada, en general.

Intervención del Estado en los casos particulares.

León XIII nos habla de la intervención del Estado en algunos casos particulares, sobre todo, cortar la anarquía y el robo,

pues ya está demostrada la legalidad de la propiedad privada.

Proteger el trabajo: evitando las huelgas.

León XIII señala que la huelga debe evitarse por ser mal grave que daña: a) al obrero. b) al patrono, c) a la sociedad, privándole de sus servicios ordinarios y necesarios: d) las huelgas suelen ir acompañadas de violencias que perturban la tranquilidad pública. Apunta la encíclica cuáles son las causas de la huelga: A) la excesiva duración o dificultad en el trabajo: B) la escasez o merma de salarios. León XIII dice - que las huelgas son un mal grave, pero no especifica si son lícitas o no. Grave -nos dice- es matar a un hombre, más es lícito en legítima defensa. Generalmente, la huelga no es - sólo mal físico, parecido a la guerra, sino moral. Por eso es necesario y obligatorio prevenirlas en lo posible, defendiendo con toda energía los derechos violados, sean de los - patronos o de los obreros.

Tutela de la moral.

Los bienes principales del obrero y del patrono que ante todo debe defender al Estado son los bienes del alma; es pues necesario respetar esta alma a la que el mismo Dios trata con - reverencia. Síguese aquí, de la necesidad del descanso en los días festivos para cultivar el espíritu: dar a Dios el culto debido: ejercer la piedad: la caridad: la vida de familia: ennoblecerse con la cultura y el deporte; finalmente relajar el

cuerpo y el espíritu de la tensión de un trabajo monótono que, no interrumpido, sería agobiante y embrutecedor. Esta es la idea cristiana del descanso.

Impedir el abuso de los codiciosos.

Por lo que toca a la defensa de los bienes corporales y externos, lo primero que hay que hacer es librar a los obreros de la crueldad de los codiciosos, que, al fin de aumentar sus ganancias, abusan sin moderación alguna de las personas, como si no fueran personas, sino cosas. Exigir tan gran tarea que con el excesivo trabajo se embote el alma y el cuerpo, ni la justicia ni la humanidad lo consiente. Débese por lo tanto que el trabajo de cada día no se extienda a más horas de las que permiten las fuerzas. La duración de este trabajo se deberá determinar según las especies de trabajo, las circunstancias del tiempo y el lugar, así como la salud de los obreros.

Finalmente, lo que puede hacer o alcanzar un hombre de edad adulta y robusto, es inicuo exigirlo a un niño o una mujer. Respecto a los niños, hay que tener el máximo cuidado que no los coja la fábrica o el taller antes que la edad no le haya fortalecido el cuerpo. Del mismo modo hay trabajos que no los puede realizar una mujer, nacida para atenciones domésticas; las cuales atenciones son salvaguardia del decoro propio de la mujer.

Velar sobre la justicia del salario.

Llegamos a un punto de suma importancia y que es preciso que se entienda muy bien para que no se yerre por ninguno de los dos extremos, por lo cual es necesario aclarar algunas cuestiones:

A) Salario es, la retribución dada por el patrono al trabajo que recibe el obrero. El Salario es "convencional" si sólo se regula por lo convenido, sea mucho o poco, justo o injusto. Más el salario "justo" es el valor verdadero del trabajo prestado.

B) El salario "familiar" absoluto, es el que permite atender a las necesidades de una familia compuesta por un número normal de miembros.

C) El salario "familiar relativo" es el que se ajusta a las necesidades de la familia sea el que sea el número de sus miembros.

D) Un salario inferior al "familiar absoluto" es, en condiciones normales, injusto. Dícese que la cantidad de jornal o salario, la determina el consentimiento libre de los contratantes, es decir, del patrono y el obrero; y que, por lo tanto, cuando el patrono ha pagado el salario que prometió, queda libre y no tiene más que hacer; y que sólo viola la justicia, cuando rehusa el patrono dar el salario entero, o el obrero no pone completo el trabajo, a que se obligó, y que en estos

casos, para que cada uno se guarde su derecho, puede la autoridad pública intervenir; más fuera de esto en ninguno.

Difícilmente y no del todo asentirá a este modo de argumentar quién sepa juzgar de las cosas con equidad, porque no es cabal en todas sus partes; fáltale razón de muchísimo peso.- Esta es que, el trabajo no es otra cosa que el ejercicio de la propia actividad, enderezado a la adquisición de aquellas cosas que son necesarias para los varios usos de la vida y principalmente para propia conservación, "Con el sudor de tu frente ganarás el pan". (Gen. 3, 19)

El trabajo humano tiene dos cualidades que en él puso la Naturaleza misma: la primera, que es "personal" porque la fuerza con que se trabaja es inherente a la persona, y enteramente propia de aquél que con ella trabaja, y para utilidad de él se la dió la Naturaleza: la segunda es, que es "necesario" porque el fruto de su trabajo necesita el hombre para sustentar la vida misma, y sustentar la vida es deber primario que hay que cumplir. Si se considera el trabajo solamente en cuánto es personal, no hay duda que está el obrero en libertad de pactar con su trabajo un salario más corto, porque como de su voluntad pone el trabajo, de su voluntad puede contentarse con un salario más corto, y aún con ninguno.

Pero de muy distinta forma se habrá de juzgar si a la cualidad del "personal" se junta la de "necesario", cualidad que podrá con el entendimiento separarse de la personalidad, pero que,



en realidad de verdad, nunca está de ella separado. Efectivamente, sustentar la vida es deber común a todos y a cada uno, y faltar a este deber es un crimen. De aquí necesariamente nace el derecho de procurarse aquellas cosas que son necesarias para sustentar la vida y estas cosas no las hayan los pobres sino ganando un jornal con su trabajo. Luego aún concedido que el obrero y su patrono libremente convienen en algo y particularmente en la cantidad del salario, - queda, sin embargo, siempre una cosa que dimana de la justicia natural y que es de más peso y anterior a la libre voluntad de los que hacen el contrato, y es ésta: que el salario no debe ser insuficiente para la sustentación de un obrero que sea frugal y de buenas costumbres. Y si acaeciere alguna vez que el obrero, obligado por la necesidad o - movido del miedo de un mal mayor aceptase una condición - más dura, y aunque no lo quisiera lo tuviese que aceptar - por imponérsela absolutamente el patrono o el contratista, sería ésto hacerle violencia, y contra esta violencia reclama la justicia.

Límites de esta intervención.

Pero en estos y semejantes casos, como cuánto se trata de - determinar cuántas horas habrá de durar las horas de trabajo en cada una de las industrias u oficios, qué medios habrá de emplear para mirar por la salud, especialmente en los talleres o fábricas, para que no se entrometa demasiado la au-

toridad, lo mejor será reservar la decisión de éstas cuestiones a las corporaciones de que hablaremos más adelante o tentar otro camino para poner en salvo, como es justo, los derechos de los jornaleros, acudiendo al Estado, si la cosa lo de mandare, con su amparo y auxilio.

Fomento del ahorro y pequeña propiedad.

A) "Procure la ley que sean muchos los propietarios".

Si el obrero gana lo suficiente para él y sus hijos, le será fácil, si tiene juicio, que procure ahorrar y hacer, como hace la misma Naturaleza, ya que ésta aconseja que, después de gastar lo necesario, le sobre algo conque pueda ir formando un pequeño capital. Porque no hay, como ya hemos visto, solución capaz de dirimir esta contienda, si nó se acepta y establece antes este principio y ~~es saber~~ que hay que respetar la propiedad privada. Por lo cual a la propiedad privada deben las leyes favorecer y, en cuánto fuera posible, procurar que sean en los pueblos muchísimos los propietarios. De esto si se hace, resultarán notables provechos; en primer lugar será más conforme a equidad la distribución de los bienes. Porque la violencia de las revoluciones ha dividido los pueblos en dos clases de ciudadanos, poniendo entre ellos una distancia enorme. Una, poderosísima, porque es riquísima, ya que como tiene en su mano todas las empresas productoras y todo el comercio, atrae a sí, para su propia utilidad y pro-

vecho todos los manantiales de riqueza y tiene no escaso poder aún en la misma administración de las cosas públicas. La otra, es la muchedumbre, pobre y débil, con el ánimo llagado y pronto a emotinarse.

Ahora bien: si se fomenta la actividad de esta muchedumbre con la esperanza de poseer algo estable, poco a poco se acercará una clase a otra y desaparecerá el vacío que hay entre los que ahora son riquísimos y los que son pobrísimos. Además se hará producir a la tierra con mucha mayor abundancia de frutos, porque el hombre, cuando trabaja sobre un terreno que sabe que es suyo, lo hace con afán y esmero mayor; y llega a cobrar amor a la tierra que con sus manos cultiva, prometiéndose sacar de ella no solo el alimento, sino cierta holgura o comodidad para él y los suyos. Y este afán de la voluntad nadie hay que no vea cuánto contribuye a la abundancia y riqueza de los pueblos. De donde se seguirá, en tercer lugar este otro provecho: que se mantendrán fácilmente los hombres en la nación que les dió la luz y los recibió en su seno; porque nadie trocaría su patria por nación extraña si en su patria hallara medios para pasar la vida tolerablemente.

No abrumar la propiedad privada con grandes impuestos.

Más las ventajas referidas no se pueden realizar sin esta condición, y es a saber: que no se abruma la propiedad privada con grandes impuestos o tributos. El derecho de la propiedad -

privada no emana de las leyes humanas, sino de la Naturaleza, y por tanto, no puede la autoridad pública abolirlo, sino solamente moderar su ejercicio y combinarlo con el bien común. - Obrará, pues, injustamente e inhumanamente, si de los bienes particulares saca, a título de tributo, más de lo justo.

Las asociaciones particulares.

Variedad de Asociaciones de patronos y obreros:

Los patronos y los obreros pueden hacer mucho para la solución de ésta contienda por medio de instituciones ordenadas a socorrer oportunamente a los necesitados y unir una clase con otra. Entre estos medios deben contarse las asociaciones de socorros mutuos y esa gran variedad de instituciones que la previsión de los particulares ha establecido para atender a las necesidades de los obreros y a la viudedad de su esposa y orfandad de sus hijos, y en casos de repetidas desgracias o de enfermedad, y para los otros accidentes a que está expuesta la vida humana, y la fundación de patronatos para niños y niñas, jóvenes y ancianos.

Más corresponde en primer lugar a las asociaciones de obreros, que abarcan ordinariamente casi todas las cosas dichas. Muchos años duraron entre nuestros mayores los beneficios que resultaban de los gremios de los artesanos, sino a los mismos profesionales, dándoles el aumento y esplendor de que son testimonio muchísimos documentos. Como quiera que nuestro siglo es más culto, sus costumbres mayores y distintas a las exigencias



de la vida cotidiana, preciso es que los tales gremios o asociaciones se acomoden a las necesidades de los tiempos presentes. Y aunque de ellas ya hemos hablado, queremos sin embargo hacer ver que son ahora muy del caso y, que hay derecho de formarlas, al mismo tiempo cual debe ser su organización y en qué han de emplear su actividad.

Creemos oportuno hacer exposición de lo que eran estos gremios, que tuvieron extraordinaria difusión por toda Europa:

A) Los gremios eran asociaciones de carácter económico-religioso: estaban compuestas por los artesanos u obreros del mismo oficio y su fin era la mutua ayuda dentro de la profesión y de las relaciones sociales. Menos en Italia, los gremios eran "cerrados", lo que significa que tenían el monopolio del oficio dentro de la población. Fuera del gremio no podía ejercer el oficio.

B) Se entraba en ellos por la categoría de "aprendiz" y contratado por un "maestro" de "Categoría superior" este se comprometía a darle alojamiento y enseñarle el oficio.

C) Una vez aprendido éste y previo exámen, el aprendiz pasaba a "oficial". El paso de oficial a maestro, requería ser buen católico, de vida ordenada, dominar el oficio y acreditarlo con algún trabajo especial, y jurar los estatutos del gremio.

D) Cada uno de los gremios contaba con jerarquías (cónsules o prohombres) que solían participar en el gobierno de las ciu

dades y en las asambleas del reino; su influjo político era muy grande y por este camino hacían valer sus derechos sociales.

E) Dentro de la técnica y el comercio de cada oficio, su actividad era muy grande. Desarrollaban lo que hoy llamamos mejora de métodos; hacían estudios sobre la producción y el mercado para fijar precios. Tenían además atribuciones judiciales especiales para imponer su reglamento y sancionar con multas, castigos, privación de oficio, etc.

F) Cayeron los gremios en parte por culpa propia y en parte por las circunstancias; se habían viciado por dónde siempre: egoísmo y favoritismo. En España, mutilados por Carlos III y Carlos IV, se hundieron definitivamente en las Cortes de Cádiz. Naturalmente que los gremios no son asequibles al mundo actual, León III y los Pontífices posteriores propugnan una adecuación de los gremios a la época nuestra o unas instituciones nuevas que, conservando lo que aquellas tenían de fuerza y equilibrio, protección y orden, se acomodasen perfectamente a las circunstancias actuales.

Derecho natural de asociación.

Las Sagradas Escrituras nos dicen: "Mejor es que estén dos juntos que uno solo; porque tienen la ventaja de su compañía. Si uno cayere le sostendrá el otro. ¡Ay del solo que -

cuando cayere no hay quien le levante!" (Ecles.4 9-12) y tambien. "El hermano ayudado del hermano es como una ciudad fuerte". (Prov. 18, 19) Esta propensión natural es la que mueve al hombre a juntarse con otros y formar la sociedad civil, y la que del mismo modo le hace formar con algunos de sus conciudadanos otras sociedades pequeñas e imperfectas, pero verdaderas sociedades. Mucho difieren estas pequeñas sociedades de aquella, porque difieren sus fines próximos: El fin de la sociedad civil es universal, porque no es otro que el bien común, de que todos y cada uno tiene derecho a participar proporcionalmente. Y por eso se llama "pública" porque por ella "se juntan entre sí los hombres, formando un Estado". Más al contrario, las otras sociedades que en el seno, por decirlo así, de la sociedad civil se anudan, llámanse, y en verdad son "privadas" porque aquello a que próximamente se enderezcan es el provecho y utilidad privada, que a sólo los asociados pertenece. "Es pues sociedad privada la que se forma para llevar a cabo algún negocio privado, como cuando dos o tres hacen sociedad para negociar unidos."

El Estado frente a este derecho no puede suprimir las asociaciones.

Aunque estas sociedades privadas existan dentro de la sociedad civil, y son como otras tantas partes de ella, sin em--

bargo, de suyo y en general, no tiene el Estado, o autoridad pública, poder para prohibir que existan. Porque el derecho de formar tales sociedades privadas es derecho natural al hombre, y la sociedad civil ha sido instituida para defender, no para aniquilar, el derecho natural; y si las prohibiera, se contradiría a sí misma, porque lo mismo ella que las sociedades privadas nacen de este único principio, y es a saber: que son los hombres por naturaleza sociables.

Circunstancias en que pueden oponerse.

Hay algunas circunstancias en que es justo que se opongan - las leyes a ésta clase de asociaciones, como es, por ejemplo, cuando de propósito pretenden algo que a la probidad, a la justicia, y al bien del Estado claramente contradiga. Y en semejante caso está en su derecho la autoridad pública si impide que se formen o usa sus derechos con las ya formadas, -- pero teniendo siempre en cuenta de no violar los derechos de los ciudadanos, ni so pretexto de pública utilidad establecer algo que sea contrario a la razón. Porque a las leyes, en tanto hay obligación de obedecer en cuanto convienen a la recta razón, y como siempre con la sempiterna ley de Dios.

León XIII amonesta al Poder público para que no moleste, ni suprima a ninguna sociedad, si nó persigue un fin depravado, con pretexto de utilidad pública. Cuando el Estado es fuerte, y más aún en los regímenes totalitarios, fácilmente abusa de su poder bajo pretexto de utilidad pública y bien común.

Necesidad de una organización y reglamento.

Para que en las operaciones haya unidad y en las voluntades unión, son ciertamente, necesarios, una organización y un reglamento prudente. Por tanto, si los ciudadanos tienen libre facultad para asociarse, como en verdad la tienen, menester es que también tengan derecho para elegir libremente un reglamento, más las leyes que juzguen convenientes para sus fines. Cual haya de ser en cada una de sus partes ésta organización y reglamento de las asociaciones que hablamos, creemos, que no se puede determinar con reglas fijas y definitivas, puesto que dependen del carácter de cada pueblo, de los ensayos que se han hecho y de la experiencia, de la naturaleza del trabajo y de la cantidad de provechos que deja, de la amplitud del comercio y otras circunstancias, — así de las cosas como de los tiempos, que se han de pesar prudentemente.

Su finalidad: el mayor beneficio moral, físico, económico y social.

Pero en cuanto a la sustancia de la cosa, lo que como ley general y perpetua debe establecerse, es que en tal forma se ha de constituir y de tal manera gobernarse las asociaciones de obreros, que les proporcione medios más oportunos y convenientes para el fin que se proponen, el cual consiste en que cada uno de los asociados consiga en aquellas asociaciones el mayor beneficio posible, tanto físico como moral y económico.

Es clarísimo que a la perfección moral y religiosa hay que atender como a fin principal y que a él debe enderezarse toda la disciplina social. Pues de lo contrario, degeneraría en otra suerte de sociedades y valdría poco más que las asociaciones en que ninguna cuenta se suele tener con la religión. Por lo demás, ¿qué le importa al obrero haberse hecho rico - con la ayuda de la asociación si corre peligro de perder el alma? "¿Que aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? (Mat. 16, 26) y más tarde". "Buscad el Reino de Dios y su justicia y todas estas cosas serán añadidas". (Mat. 6, 32, 33). Comenzando por Dios, con los deberes que tienen - para con El, que sepa lo que ha de creer, lo que esperar, y lo que hacer para conseguir la salvación; con especial cuidado se arme contra opiniones erradas y su corrupción.

Distribución equitativa de derechos y deberes.

Puesta en la Religión el fundamento de las leyes sociales, queda llano el camino para establecer las relaciones de los asociados, de modo que se siga la paz de la sociedad y su prosperidad. Distribúyanse las cargas sociales de modo conveniente a los intereses comunes y de tal suerte, que la adversidad no disminuya la concordia. Repartir los oficios con inteligencia y repartirlos con claridad para que no se lastime el derecho - de ninguno. Adminístrese los bienes comunes con integridad, de modo que la necesidad de cada uno sea la medida del socorro - que se le dé; y arminícense convenientemente los derechos y deberes de los obreros.



Establecimiento de medidas especiales de arbitraje y previsión.

Para el caso de que alguno se creyese faltado en algo (patronos u obreros) lo que sería más de desear es que hubiese en la misma corporación hombres prudentes e íntegros a cuyo arbitraje tocase, dirimir la cuestión. Débese prever que al obrero nunca le falte trabajo y que haya subsidios suficientes para socorrer la necesidad de cada uno, no sólo en los accidentes repentinos y fortuitos de la industria, sino cuando venga la enfermedad o la vejez, u otra desgracia pesase sobre alguno.

Exhortación a los obreros: experiencia de los cristianis primitivos.

Con estas leyes, si se quieren aceptar, bastarán para proveer a la utilidad y bienestar de los pobres, y las asociaciones de los católicos influirán no poco en la prosperidad de la sociedad civil. No es temerario de los sucesos pasados sacarlos de los futuros. Sucédense unos tiempos a otros; pero hay en los acontecimientos extrañas semejanzas y consecuencias, por los que rige la providencia de Dios, el cual gobierna y encamina la continuación de las cosas al fin que se propuso al crear el género humano.

A los cristianos, en la edad naciente de la Iglesia, se les echaba en cara que vivían de pedir limosna y de no trabajar. Pero más tarde lograron la admiración de todos como fieles guardadores de la justicia y sobre todo de la caridad.

Aplicación a la realidad presente.

Disútase ahora el estado de los obreros y cualquiera que sea la solución que se dé, importa muchísimo al Estado. La solución buena la darán los obreros cristianos sí, unidos en sociedad y valiéndose de prudentes consejeros, entran por el camino que, con singular provecho suyo y público, siguieron sus padres y antepasados. Por grande que sean las preocupaciones y las pasiones, si una depravada voluntad no ha embotado el sentimiento del bien, espontáneamente se inclinará más la benevolencia de los ciudadanos a los que vieren laboriosos y modestos.

Entienden los obreros que muchas veces se les ha engañado con falsas esperanzas y vanas ilusiones, ya que se sentían inhumanamente tratados por patronos codiciosos que no los estimaban sino en la medida del lucro que su trabajo les producía, más en las sociedades en que se han metido, en vez de caridad y amor, sólo han visto luchas intestinas, compañeras perpetuas de la pobreza, cuando a éstas le faltan el pudor y la fé. Cuántos quisieran verse libres de esta humillante servidumbre, pero no se atreven porque se lo estorba el respeto humano, o el temor de caer en la indigencia. Ahora bien: para salvar a todos estos nos es decible cuánto pueden aprovechar las asociaciones de los obreros católicos, si a los que vacilan los invitan a su seno, allanándose las dificultades y a los arrepentidos los admiten a su confianza y protección.

"Quadragesimo Anno" (Pío XI).

La encíclica "Quadragesimo Anno", de Pío XI, se la ha llamado la Encíclica de la justicia social. Es junto a "Rerum Novarum" el gran documento doctrinal básico de una sociología cristiana.

La doctrina de la Iglesia en materias económicas y sociales.

Ya lo había dicho León XIII: la Iglesia tiene autoridad para intervenir en el problema social y económico en sus relaciones con la moral. Tiene el derecho y el deber otorgados por

Dios, de resolver las cuestiones referentes a la "moralidad" y la cuestión social y económica tiene un aspecto moral, que se relaciona con lo lícito e ilícito, y esto es lo que cae de lleno bajo la autoridad doctrinal del Romano Pontífice.

El hombre ha sido lanzado al mundo con un fin. Este es un hecho fundamental que hay que aceptar desde el momento que se cree la existencia de un Dios creador. A este fin, que es la vuelta a Dios, enraizado en lo más hondo de la naturaleza humana, están subordinados todos los otros fines de cada uno de los actos que componen la existencia, orientada y lanzada hacia Dios; los fines del mundo económico no son el fin total, definitivo del hombre, y por consiguiente, son particulares, subordinados. Ahora bien, guardar la ley moral, gravada en la conciencia de los hombres, es la única forma de subordinar, en la práctica, estos fines.

Puntualizar las relaciones de la ley moral con el mundo económico, es, pues, derecho y deber de quien tiene el supremo cuidado y responsabilidad de conducir a los hombres a lo único que le es definitivo: su último fin.

Derecho de Propiedad.

Es evidente (Cifr. Rerem Novarum n. 10 y ss.) que la supresión de la propiedad privada sería, a la larga, mucho más perjudicial para los débiles. Al defender a éstos defendiendo la recta propiedad privada, la Iglesia ha sido criticada de protección a los ricos.

Su caracter individual y social.

Dios puso "todos" los bienes de la tierra para las necesidades, no de unos cuantos, sino de "todos" los hombres.

Todos los hombres, por el hecho de serlo, tienen derecho a una vida digna de seres racionales, creados a imagen de Dios, hijos de El, hermanos entre sí, redimidos con la misma sangre, llamados a la misma vida eterna. Y por eso: que "todos" los bienes de la tierra son para provecho de "todos" los hombres, es de derecho natural primario, es decir, absolutamente indefectible y que se ha de guardar en toda hipótesis. El hombre, tal como es hecho en concreto, no pone interés ni esfuerzo serio, y perseverante más que en lo que directamente le es provechoso, decir, lo propio. No entierra esfuerzos en lo común, es decir,



en lo que el mismo derecho puede usar quien no lo ha trabajado. Es ley inducida de una experiencia universal. Por tanto, el sistema más obvio y seguro que los bienes de la tierra sirven para todos, es la propiedad privada. Cada cual tiene el máximo interés en lo que es suyo, y procura el máximo rendimiento. Los bienes son así útiles, en primer lugar para el propietario mismo (función individual de la propiedad) pero sólo cuando y en la medida que mediante el intercambio de bienes y servicios que constituye la vida misma de la sociedad humana, pone los frutos de su propiedad a disposición de los demás hombres. Y así, los bienes de la tierra, rinden el máximo en beneficio de todos, que es el fin para el que Dios los puso (función social de la propiedad)

No es necesario que todos los hombres sean propietarios de bienes productivos (aunque el acceso de todos los hombres por lo menos a la pequeña propiedad sería ideal) basta que lo sea un cierto número, para que todos tengan la necesaria abundancia de bienes de consumo que son necesarios para la vida. Y de este modo entendida, la propiedad privada es de derecho natural "secundario", es decir, justificado por el primario y esencialmente ordenado al cumplimiento de él.

Nótese por lo tanto, que: una manera de entender y practicar la propiedad privada que no beneficiase suficientemente a todos, sino sólo a los propietarios (individualismo) no solamente no sería de derecho natural, sino que sería contraria al derecho natural primario, y por consiguiente, esencialmente injusta.

Mas, un régimen que suprimiese la propiedad privada y la sustituyese por la colectiva, sería contrario a la tendencia universal de la naturaleza humana: y por lo tanto, al derecho natural, al menos secundario; y por consiguiente también injusto.

Obligaciones inherentes a la propiedad.

En el derecho de propiedad hay que distinguir dos cosas: el mismo dominio de las cosas y su uso.

El "dominio", supone la obligación en todos de respetarlo, no apropiándose lo ajeno, ni usando de ello sin permiso de su dueño. Esto lo demanda la "justicia conmutativa" que obliga a todos a respetar el derecho de los demás.

El "uso" de la propiedad no puede ser arbitrario por las razones expuestas en el número anterior. Y ésta no es exigencia de la justicia conmutativa, sino de otras virtudes: la justicia social y la caridad sobre todo. Y es sabido que los deberes de esta última no son exigibles por derecho ante los tribunales.

El abuso o el simple no uso de las cosas, no da derecho a los demás para despojar a nadie de lo que es suyo; pero pueden justificar una intervención del Estado, en nombre del bien común, para que se cumpla la función social de la propiedad.

El derecho de propiedad es inalienable. No se puede reducir en la práctica hasta abolirlo: pero tiene deberes que le limitan: las necesidades de la convivencia social; es decir, el bien común.

Poderes del Estado.

Al Estado, como gestor del bien común, corresponde, atendiendo a la función social de la propiedad privada, atemperar su uso y acomodarlo a los intereses de la colectividad. Y como la propiedad no es una institución inmutable, esas limitaciones concretas variarán según los tiempos y circunstancias.

Lo que no puede hacer nunca el Estado, es oponerse al derecho natural, y suprimirla del todo, como tampoco el derecho de herencia; ni de tal manera gravar con impuestos que prácticamente la suprima.

Al conciliar así el derecho de propiedad con las exigencias del bien general, la autoridad no se muestra enemiga de la propiedad; antes bien, le presta apoyo eficaz; porque de este modo seriamente impide que la posesión privada de los bienes produzca intolerables perjuicios y se prepare su propia ruína. Esa acción no destruye la propiedad privada, sino que la defiende; no debilita el dominio privado, sino que lo fortalece.

Obligaciones sobre la renta libre.

Hay obligación grave de dar limosna a los pobres de los bienes "superfluos a su estado". Añade Pío XI, que esos bienes superfluos a su estado deben emplearse en la "beneficencia" (benefacere, hacer bien) y mejor en la magnificencia (Magna facere, hacer grandes cosas).

La ocupación y el trabajo, títulos originarios de la propiedad.

Se llama "título" de propiedad de una cosa la razón objetiva por la cual legítimamente la posee: el título puede ser originario y derivativo. El originario se llama así porque es la razón por la cual empezaron los hombres a poseer. El derivativo se llama así porque no es el primero, y es la razón porque es mía una cosa que antes era de otro. El Romano Pontífice - trata sólo de los originarios, y dice que según la tradición católica son dos: la "ocupación" y el "trabajo".

La ocupación es título originario, porque no hace a nadie injuria, puesto que lo apropiado no es de nadie; es como si alguien encontrara una cosa y el dueño no aparece.

El trabajo también es título originario, porque siendo uno dueño de su actividad, también lo será del fruto de ella; así, el que trabajando por su cuenta construye una mesa o una casa, es dueño de ella.

Capital y trabajo.

La doctrina del Romano Pontífice es la siguiente:

Es indudable que todas las riquezas de las Naciones se deben al trabajo de los obreros: pero el obrero no ha podido elaborarlas sin la tierra, sin las otras materias primas, sin instrumentos, máquinas, etc. es decir, sin capital. Este es el nombre técnico.

Luego las riquezas no se deben sólo al "capital", ni sólo al "trabajo", sino a los dos. Por eso dijo León XIII: "No puede existir "trabajo" sin "capital", ni "capital" sin "trabajo". Luego el fruto debe atribuirse proporcionalmente al "trabajo" y al "capital" según el fruto obtenido en la obra practicada. Es pues injusto, que el capital se levante con los frutos, como así es injusto que el trabajo haga lo propio.

Justa distribución entre "capital" y "trabajo".

Para obtener el fin querido por Dios, o sea la utilidad de los bienes materiales a todo el género humano, no basta cualquier distribución, sino tal que no vaya en contra del bien común, es decir que se guarde la justicia social, lo cual exige que una clase no excluya a la otra de la participación de los beneficios.

Violan la justicia social:

A) Los empresarios, cuando aspiran a gozar de todo el fruto del trabajo, dejando sin nada o casi sin nada, al obrero.

B) Los obreros cuando reclaman el fruto íntegro de la obra fabricada, excluyendo al patrono, a quien aplican sin fundamento aquello de San Pablo "el que no trabaja que no coma"; porque también trabaja el patrono si éste dirige la empresa, aunque su trabajo no sea muscular o mecánico.

C) Repártase la ganancia proporcionalmente entre el obrero y el patrono, conforme a la cooperación de los dos. Es decir, - del capital y del trabajo.

Salario: cuestiones previas. El contrato de trabajo, en sí no es injusto.

A) Contrato de salario: Es un convenio entre el patrono y el obrero, en virtud del cual éste ofrece su trabajo por horas -

(a jornal) o por cantidad de obras hechas (destajo) y el patrono a su vez, le paga la cantidad convenida (salario)

Contrato de sociedad: El patrono pone el capital y la dirección, y el obrero el trabajo de ejecución y parte de la dirección y administración, con la condición de repartir las ganancias o pérdidas proporcionalmente a la parte puesta en la producción.

Ventajas del contrato de sociedad: Al dar al obrero alguna participación, aumenta su interés en el trabajo. Participa más en las ganancias. Sobre todo, contribuye a la desaparición del odio de clases.

Desventajas: Debe esperar la venta de los productos. Se expone a perder, en vez de ganar, si el negocio es malo. Cosa de gran perjuicio para el obrero que no tiene otra reserva.

Ventaja del salario: Se recibe al contado. No hay peligro de pérdida. Gana menos, pero es más seguro.

Desventajas: Recibe menos en el régimen de salario. No se pone interés en el negocio. Hay poca unión entre patrono y obrero.

Contrato mixto: Es un contrato de salario, pero con alguna participación en los beneficios. Parece éste el contrato ideal, pues tiene gran parte de las ventajas y ningún inconveniente.

Pío XI nos dice:

A) Que el contrato de salario no es injusto por naturaleza, por consiguiente que es admisible en principio, siempre que se lleve a efecto dentro de las normas de justicia.

B) En las condiciones sociales de nuestros días quizá sea más ventajoso suavizar el contrato de salario por medio del de sociedad.

C) Determinar el salario es algo bastante más complejo que lo que creen las partes interesadas. Hay que tener en cuenta muchas causas y esfuerzos comunes que concurren en la consecución de la riqueza producida.

D) Mas también el trabajo tiene, como la propiedad, una función social, además de la individual. Si no se atiende a ese doble carácter, no se le remunerará "equitativamente".

E) Esta "igualdad" es la más inequívoca, característica de la justicia "conmutativa". Y como el Pontífice nos dice, que el salario justo es, el que en primer lugar da para sustentar al obrero y a su familia, es decir, salario "familiar absoluto", no puede dudarse que la mente de Pío XI es que por lo menos el salario familiar absoluto, es obligación de justicia conmutativa.

F) La justicia conmutativa implica la restitución cuando se le ha defraudado, si es posible restituir. Difícil será si esta defraudación es por largo plazo; pero ésto basta para comprender la suma gravedad de conciencia en ese problema.

Tres factores determinantes del salario: la sustentación del obrero y su familia.

A) En primer lugar dar al obrero el salario suficiente para que pueda sustentar a su familia.

B) Es gravísimo abuso, y con todo empeño debe ser extirpado, que la madre, a causa de la escasez del salario, se vea obligada a ejercitar un trabajo lucrativo, dejando abandonados los deberes de la casa y sobre todo la educación de los hijos.

C) Ha de ponerse todo esfuerzo de que los padres reciban una remuneración suficiente para atender a las necesidades necesarias. Si las circunstancias presentes no lo permiten, pedimos que la justicia social introduzca las reformas necesarias para que al adulto se le asegure este salario.

D) No será importuno dar la alabanza que requiere a los que han intentado por diversos medios acomodar la remuneración del trabajo a las cargas de familia, de manera que el aumento de las cargas, corresponda un aumento de salario, y aun si se puede atender, a las necesidades extraordinarias.

Situación de la empresa.

No se puede pedir a la empresa lo que no puede dar sin ir a la ruina: los primeros que saldrían perdiendo serían los obreros.

Si no puede sostener los salarios y ha de disminuirlos, porque

no produce todo lo que podría, es aquí donde hay que poner el remedio con una técnica mejor; una mejor racionalización del trabajo y mayor entusiasmo de todos.

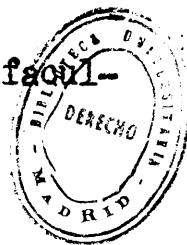
Si la empresa no puede pagar el salario justo por las graves cargas que tiene o la presión sobre los productos, los causantes de ello tienen la responsabilidad y ahí hay que poner el remedio. Mas si las causas no son extrínsecas, sino que es la misma empresa que falla, sin solución, habrá que, o suprimirla, empleando en otra forma a los obreros, o ver si hay otra fórmula extraordinaria para atender a ese contingente humano en lo que la empresa no les puede dar.

Exigencias del bien común.

Se ve con claridad que en la cuantía del salario debe influir la situación próspera o difícil de la empresa y el sustento del obrero y familia; pero no hay que olvidar que también debe tenerse en cuenta el bien común. Salarios demasiado bajos restan capacidad de consumo y causan crisis: demasiado altos, producen inflación. Hay que buscar un equilibrio complejo y trascendental, para que unos y otros, parapetándose en la fuerza, no la alteren demasiado por apasionado egoísmo. Aquí la vigilancia del Estado para intervenir cuando las dos partes no pueden arreglarlo.

Restauración del orden social.

A) Reforma del Estado: Dios ha creado al hombre con ~~facultades~~



tades y medios para resolver las cosas indispensables de la vida: pero es impotente para otras que conllevan en sí la mayor perfección y el progreso. Por eso le ha dado la inclinación natural de buscar la ayuda en los demás, formando con ello la sociedad.

Para lo que el puede obtener ni busca ni quiere la sociedad. Las sociedades que tienden a formar al hombre, son la familia, y el municipio: Cada profesión forma otras cooperaciones que constan de otras agrupaciones; y por último, forma la sociedad civil: "La sociedad civil es pues de Derecho Natural".

Ninguna sociedad, ni aún la civil, puede entrometerse en el ámbito privativo de una sociedad inferior, en lo individual; porque las sociedades son para ayudar al individuo, o a las sociedades anteriores, no para hacer lo que ellos podían hacer por sí mismos.

Y ésto es lo que recuerda el Pontífice Pío XI, al referirse a la restauración social. Se requieren dos cosas: "Reforma de instituciones" y "Reforma de costumbres". En cuanto a lo primero hay que reformar, ante todo, los límites de la acción del Estado, ya que sobre él recaen cargas que pertenecen a sociedades inferiores, por lo cual el Estado no puede dedicarse de lleno a su labor y que es: dirigir, vigilar, urgir, castigar, según los casos y la necesidad exija. Veamos lo que nos dice el Pontífice: "No es cosa dudosa que la Iglesia también, dentro de ciertos límites justos, admite la estatificación y juzga" que se pueden legítimamente reservar a los po-

deres públicos, ciertas categorías de bienes, aquellos que representan tanta potencia que no se podría, sin poner en peligro el bien común, abandonarlos en manos particulares". Pero hacer de esta estatificación una regla general y normal de la organización pública de la economía, sería trastornar el orden de las cosas. La misión del derecho público, es, en efecto, servir al derecho privado, no el absorberlo. La economía —no de otra manera que las demás ramas de la actividad humana— no es por su naturaleza una institución del Estado; es, por el contrario, el producto viviente de la libre iniciativa de las —agrupaciones libremente constituidas.

Reforma de las agrupaciones profesionales.

Este debe ser, ante todo, el propósito y el esfuerzo del Estado y de todos los ciudadanos: que cese la lucha de clases opuestas y se promueva y cree la concordia entre las profesiones.

Hay, pues, que evitar la lucha de clases en su origen, que es el mercado de trabajo, en el que la oferta y la demanda las hacen enemigas. Una clase tiene el capital y quiere que la otra se lo trabaje con el mínimo gasto posible. Otra tiene que poner el trabajo y quiere que se lo paguen al máximo. Hay que arrancar de raíz esa lucha y organizar a los hombres por profesiones, lo cual es tendencia connatural a la sociedad, ya que el hombre tiende a unirse con sus compañeros de trabajo para defender los intereses comunes. Esta estructura "vertical" de los sindicatos ha de respetar la total libertad de éstos, sobre la que tan enérgicamente insiste Pío XI y así dice "que los -

hombres tienen libertad para escoger la forma de gobierno que quisieren con tal que queden a salvo la justicia y las exigencias del bien común". Además, en estas corporaciones, pueden los ciudadanos formar sindicatos con fines libres, como sucede en las asociaciones particulares. Distingue dos géneros de sindicatos:

A) Los que tienen una misma profesión y de los que tienen distintas. En ambas hay libertad para formarlas y para hacer su reglamento. Y estas asociaciones libres, algunas de las cuales ya existen hoy, preparan otras más perfectas.

Reforma del principio directivo de la vida económica.

Otra cosa hay que reformar, y es, a saber: la organización del mundo económico. Al principio se le dejó al libre juego de la concurrencia, al resultado de la oferta y la demanda sin control alguno. Fracásó el sistema, cuando unos pocos alcanzan - más fuerza e imponen su voluntad, sea justo o no, deja de ser libre y desemboca en la dictadura de los más poderosos.

El mundo económico ha de organizarse según la justicia social exige, en cada caso en bien de todos. Tutelar ese orden económico es la difícil tarea de la autoridad pública, a la que ha de entregarse, dejando a las sociedades inferiores otras cargas secundarias que la competen. Y esto que es de orden nacional, debe proveerse en el orden internacional, para seguir las palabras del Apóstol: "Todo el cuerpo travado y unido recibe por todas las venas y conductos de comunicación, según la me-

dida correspondiente a cada miembro, el aliento propio del - cuerpo para su perfección mediante la caridad. (Eph,4,16).

Reciente ensayo de organización sindical y cooperativa.

Se refiere el Papa a "la corporación italiana fascista". Esta interpretación no ofrece duda alguna; el mismo Pío XI la hizo pública afeando la ingratitud del fascismo! "En la encíclica "Quadragesimo Anno" todos la han reconocido facilmente una - alusión benévola a los reglamentos sindicales y corporativos italianos.

Desgraciadamente, se han confirmado los peligros que ya insinuaba el Papa Pío XI, con el eufemismo "hay quien dice" en las estructuras sindicales de los Estados totalitarios; excesivo intervencionismo del Estado: más y más burocracia: transformación del sindicato político, en vez de organismo técnico para sus específicos problemas sociales, económicos y laborales.

Transformación del régimen económico.

Hace Pío XI una digresión para aclarar conceptos que trató de ordenar León XIII sobre el capitalismo. Sienta primero la noción de capitalismo como sistema económico social, y afirma que no es, por su naturaleza malo, pero no opone suficiente seguridad frente a las tensiones del egoísmo; por lo que puede ser medio apto para llegar a la injusticia. Este régimen se - ha extendido tanto, a hombres del industrialismo, que ha lle-

vado su mentalidad hasta el campo agrícola, en el que también existen los desequilibrios del mundo industrial, y aún mayores.

Creación de una dictadura económica, despótica.

La libre concurrencia, por eliminación de unos y unión de - otros (en consorcios, carteles, trusts) llegó a la creación de grupos prepotentes y de monopolios, que constituían una auténtica dictadura, o cuando menos una dictadura despótica sobre los demás. A veces ni son dueños de la empresa, sino sus administradores, que tienen gran influencia para gobernar el capital de una sociedad anónima. Aumenta el dinero cuando lo que manejas es el dinero que se puede prestar o no, dar o no créditos a otros. "A veces la economía entera nacional, está en manos de una docena de personas que rigen desde sus bancos la vida nacional, orientándola únicamente para sus fines particulares. Los vereis de consejeros en varias empresas o sociedades."

A su vez esta concentración de riqueza termina en tres clases de conflictos:

- A) Primero se lucha por la hegemonía política.
- B) Lucha sobre el predominio político.
- C Y finalmente se entabla la batalla en el campo internacional.

La consecuencia de estos tres conflictos es el envilecimiento del Estado, cuando se hace esclavo de los egoísmos de los económicamente poderosos.



En cuanto a los remedios, a pesar de haber sido indicados, lo resumimos de nuevo:

- A) Obligaciones del capital y el trabajo.
- B) Ambos tienen el doble carácter individual y social (evítese el doble vicio individualismo y socialismo).
- C) Entre el capital y el trabajo debe guardarse la justicia conmutativa y la caridad cristiana.
- D) La libre concurrencia y la prepotencia económica controladas por la autoridad civil.
- E) Todas las instituciones deben cooperar al bien común.

Reforma de las costumbres.

En esta parte más pastoral que técnica, desahoga Pío XI su corazón: lo primero son las almas, aunque la mayoría de los hombres sólo se preocupan de lo material. Pero hay gran parte de personas para las que el actual desorden social supone un gran impedimento para su salvación. Más aún que Sociología y Economía hay que predicar y ordenar las pasiones.

Causas del mal.

Los principales son los siguientes:

- A) Las pasiones, raíz de todo el desorden y fruto del pecado original, sobre todo la ambición y el egoísmo.
- B) La complejidad de la vía económica que oprime toda la actividad de los hombres y llega a embotar y pervertir la conciencia.

- C) La especulación y el juego sucio.
- D) Leyes o disposiciones económicas; contratos y convenios mal interpretados o traicionados.
- E) Explotar y aún excitar las bajas pasiones para sacar de ellas pingües ganancias a costa de condenar o deseducar el alma del cliente, (teatro, cine, pornografía...)

Remedios:

- A) Es imposible la solución del mal sin una vuelta a la práctica de la doctrina evangélica.
- B) Realizar el plan de Dios: que todo vaya dirigido a Dios; que los bienes se consideren instrumentos conducentes a este fin.
- C) Siguiendo este sistema volverían a la equidad la distribución, la producción y el consumo de la riqueza: la moderación sustituiría al egoísmo.

Mas para asegurar estas reformas es menester que a la justicia se una la caridad.



"MATER ET MAGISTRA" (JUAN XXIII)

En el mensaje radial del Uno de Junio de 1941, expone el Pontífice ^{Pío XII} la reivindicación para la Iglesia "la indiscutible competencia sobre las bases de una determinada ordenación social en concordancia con el orden inmutable que Dios, Creador y Redentor, ha manifestado por medio del derecho natural y la revelación". Confirma la vitalidad y enseñanza de la encíclica "Rerum Novarum" y aprovecha la ocasión para "dar ulteriores - principios directivos de orden moral sobre tres valores fundamentales de la vida social y económica que se enlazan, sueldan y ayudan mutuamente. Estos son: El uso de los bienes materiales, el trabajo y la familia.

Por lo que se refiere al uso de los bienes materiales, Nuestro Predecesor afirma: "El derecho de cada hombre a usar de estos bienes para su sustento, obtiene prioridad frente a cualesquier otro derecho de contenido económico; y por esto también frente al derecho de propiedad; aunque también el derecho de propiedad sobre los bienes corresponde al derecho natural; mas sin embargo, según el orden objetivo creado por Dios, el derecho de propiedad está dispuesto de tal manera que no puede constituir obstáculo para que sea satisfecho "la inderogable exigencia de que los bienes, creados por Dios para todos los hombres, equitativamente fluyan a todos, según los principios de la justicia y la caridad".

El orden al trabajo, tanto en la "Rerum Novarum", como León XIII y Pío XII, confirman que éste es un deber y un derecho de cada uno de los seres humanos. En consecuencia corresponde a ellos, en primer término, regular las condiciones de trabajo.

Sólo en el caso de que los interesados no cumplan o no puedan cumplir su misión, "Compete a la autoridad intervenir en el campo de la división y distribución del trabajo, según la forma y medida que requiere el bien común, entendido rectamente".

Por lo que se refiere a la familia, el Pontífice afirma que, la propiedad privada de los bienes materiales también debe ser considerada como espacio vital de la familia; es decir, como un medio idóneo para "asegurar al padre de familia la sana libertad que necesita para poder cumplir los deberes que le ha señalado el Creador de mirar por el bienestar físico, espiritual y religioso de la familia". Esto lleva consigo el derecho que tienen las familias a emigrar. Sobre este punto advierte el Pontífice que procuren eliminar cuanto puedan los impedimentos que surjan para tener una buena confianza; de ello surgirá una utilidad mutua y contribuirá al bienestar y la cultura.

Transformaciones posteriores.

El estado de cosas que ya había cambiado en Pío XII, en estos veinte últimos años ha habido más profundas innovaciones en el interior de las comunidades políticas y en sus mutuas relaciones.

En el campo científico, técnico y económico se registran: descubrimiento de la energía nuclear, sus primeras aplicaciones a fines bélicos, sus crecientes aplicaciones a usos civiles: las ilimitadas aplicaciones de las producciones sintéticas; - la extensión de la automatización en el sector industrial y sus servicios; modernización de la agricultura; desaparición de las distancias en las comunicaciones sobre todo por la radio y televisión; rapidez en los transportes; la conquista de los espacios interplanetarios.

En el campo social se hallan: desarrollo de sistemas de seguros: instauración de la seguridad social; movimientos sindicales; responsabilidad respecto a los problemas económicos; elevación de la instrucción básica; bienestar más extendido; reducción de las distancias entre las clases; interés del hombre por los hechos mundiales. El aumento de los sistemas económicos hace más resaltar los desequilibrios económicos-sociales entre el sector agrícola por una parte, y el sector industrial por el otro; y en el plano mundial los desequilibrios entre los países avanzados y los que están en vías de desarrollo.

En el campo político se enumeran: la participación de un - creciente número de ciudadanos en la vida pública de muchas comunidades políticas; la extensión de la acción de los poderes públicos en el campo económico-social. En el campo internacional, el ocaso de los regímenes coloniales y la independencia política que han obtenido pueblos en Africa y Asia;

nacimiento y desarrollo de una red cada vez más rica de organismos supranacionales; organismos con fines económicos, sociales y culturales, y políticos.

Motivos de la encíclica "Mater et Magistra".

Renovar lo expuesto por Nuestros Predecesores y explicar el pensamiento sobre los nuevos problemas del momento.

Intervención de los poderes públicos en el campo económico.

Ante todo debe decirse que el mundo económico es creación de la iniciativa personal ya en su actividad individual, ya en el seno de las diversas asociaciones para la prosecución de intereses comunes.

Es verdad que los progresos ofrecen a los poderes públicos mayores posibilidades concretas de reducir desniveles entre los diversos sectores de la producción y entre las diversas comunidades políticas, mas entre las diversas naciones en el plano mundial; como también mantener las oscilaciones en situaciones económicas y afrontar el paro de las masas.

Pero es menester afirmar que la presencia del Estado en el campo económico, por dilatada y profunda que sea, no se encamina a empañar la libertad de iniciativa de los ciudadanos particulares, sino a garantizar su mayor amplitud, tutelando los derechos esenciales de cada persona. La evolución histórica -

pone de relieve, cada vez con más claridad, que no se puede conservar una convivencia fecunda sin la aportación en el campo económico de los particulares y los poderes públicos. La experiencia demuestra que donde falta la iniciativa personal hay tiranía política, pero hay además estancamiento en los sectores económicos. Por otro lado, donde es defectuosa la actuación del Estado, reina el desorden irremediablemente; así, abuso de los fuertes sobre los débiles, o de los débiles protegidos por los fuertes, que no se sabe qué es peor.

La socialización: origen y amplitud del fenómeno.

Uno de los aspectos que caracterizan nuestra época es la socialización con un progresivo multiplicarse de las relaciones de convivencia, con diversas formas de vida y de actividad asociada, y como institucionalización jurídica. Entre los factores que más han contribuido a la existencia de este hecho, está la mayor eficiencia productiva, y el nivel más alto de los ciudadanos.

La socialización es causa de una mayor intervención del poder público en los sectores más delicados, como los relativos a sanidad, instrucción, educación y readaptación; la tendencia a la asociación para la consecución de los objetivos que superan la capacidad de los individuos aisladamente.

Valoración.

Es claro que la socialización trae muchas ventajas, pero al



mismo tiempo, multiplica las formas organizativas, y hace cada vez circunstanciada la reglamentación jurídica de las relaciones entre los hombres de cada sector. Por consiguiente restringe el plano de libertad en el trato de los seres individuales; creando ambientes que dificultan el que cada uno piense con independencia y obre por iniciativa propia. ¿Habrà que pensar que esta socialización no transformará al hombre en autómeta?

La socialización puede y debe ser realizada de modo que se obtengan las ventajas y se separen los inconvenientes. Mas este fin es necesario que a la autoridad presida la idea constante del bien común.

La remuneración del trabajo: criterios de justicia y equidad.

Con profunda amargura decimos que innumerables trabajadores de muchas naciones viven con un salario que sólo les proporciona una subsistencia inhumana. Pero en algunas de estas naciones la abundancia y el lujo más desenfrenado de unos pocos contrasta con el extremo malestar de muchísima gente; en otras se somete a privaciones para aumentar la eficiencia de la economía; mientras en otras una buena parte de la renta se mantiene en mantener el mal entendido prestigio nacional.

En las naciones desarrolladas no deja de verse compensaciones altísimas por prestaciones de poco esfuerzo y retribuciones demasiado bajas; y en todo caso sin proporción para lo - que se entiende que es el bien de la comunidad.

Por eso creemos que es deber nuestro afirmar una vez más, que así como la retribución no se puede abandonar enteramente a la Ley del mercado, así tampoco fijar arbitrariamente, sino que debe determinarse conforme a justicia y equidad.

Proceso de adaptación entre el desarrollo económico y el problema social.

La riqueza económica de un pueblo no consiste en la abundancia total de bienes, sino también, y más aún, en la real y eficaz distribución según justicia para garantía del desarrollo personal de los miembros de la sociedad, que es la verdadera finalidad de la economía nacional. La indicada manera de exigir justicia puede ser realidad atendiendo a las ya diversas formas por el uso experimentadas.

Estructuras conformes a la dignidad del hombre.

La justicia ha de ser respetada no sólo en cuanto a la distribución de la riqueza, sino al orden de estructura de las empresas. Porque en la naturaleza de los hombres se halla involucrada la exigencia de que, en el desenvolvimiento de su actividad productora, tengan posibilidad de empeñar la propia responsabilidad y perfeccionar el propio ser.

Presencia activa de los trabajadores en las empresas grandes y pequeñas.

Observa Nuestro Predecesor la función económica y social que todo hombre aspira a cumplir, exige que no esté totalmente so

metido a una voluntad ajena al despliegue de la actividad de cada uno.

La propiedad privada.

Es cierto que de día en día va creciendo el número de ciudadanos que mira con más tranquilidad el porvenir, ya que cuenta con la seguridad social, o con otros sistemas; por otro lado se aspira más a la capacidad profesional que a la propiedad como fuente de ingresos. Los indicados aspectos, han contribuido a difundir la duda sobre si hoy haya dejado de ser válido o perdido su importancia un principio del orden económico social, constantemente enseñado por Nuestros Predecesores: o sea, el principio de derecho natural de la propiedad privada de los bienes, incluso de los productivos.

Reafirmación del derecho de propiedad.

La historia y la experiencia atestiguan que, en los regímenes políticos que no reconocen el derecho de propiedad privada, - incluso los productivos, son oprimidas y sofocadas las expresiones fundamentales de la libertad; por eso es legítimo deducir que estas encuentran garantía en aquel derecho.

Difusión de la propiedad.

Según afirma Nuestro Predecesor Pío XII "normalmente, como fundamento natural para vivir, el derecho al uso de los bienes de la tierra, al cual corresponde la obligación funda-



mental de otorgar una propiedad privada, en cuanto sea posible a todos" y por otra parte, entre las exigencias que se derivan de la nobleza moral del trabajo, también se halla comprendida" la conservación y el perfeccionamiento de un orden social que haga posible una propiedad segura, aunque sea modesta a todas las clases del pueblo".

Desarrollo gradual y económico del sistema económico.

Se requiere que el desarrollo económico de las comunidades políticas sea realizado en manera gradual y con armónica proporción entre todos los sectores productivos. Es decir, se necesita que en el sector agrícola se efectúen las innovaciones concernientes a las técnicas productivas, la selección de los cultivos, y que lo más que sea posible, se efectúen en las debidas proporciones respecto al sector de la industria y los servicios. La agricultura pide una más calificación de servicios y a su vez, ofrece a los otros sectores, y a la comunidad entera, en cantidad y en calidad, a las exigencias del consumo contribuyendo a la estabilidad del poder adquisitivo de la moneda: elemento positivo para el desarrollo ordenado del entero sistema económico.

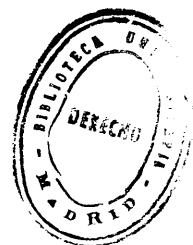
Para obtener un desarrollo económico en armónica producción entre todos los sectores productivos, se hace necesaria una cuidadosa política económica en materia agrícola: política económica relativa a los impuestos, a los seguros sociales, a la defensa de los precios, a la promoción de indus-

trias integrativas, a la adecuación de las estructuras de las empresas.

Un grave peligro.

Como ya hemos observado, el hombre ha ampliado sus conocimientos sobre las leyes de la naturaleza; ha creado instrumentos poderosos para apoderarse de las fuerzas; produce y sigue produciendo obras gigantescas. Pero en su empeño de dominar y transformar el mundo exterior corre peligro de debilitarse a sí mismo. Y así "el trabajo corporal"-observa con profunda amargura Nuestro Predecesor Pío XI en la Encíclica "Quadragesimo Anno", que la Divina Providencia, aún después del pecado original había estudiado como ejercicio en provecho juntamente del cuerpo y del alma, se está convirtiendo en instrumento de perversión: es decir: la materia inerte sale de la fábrica ennoblecida; las personas, en cambio, se corrompen y se envilecen".

Semejante afirma Pío XII "nuestra época señala un claro contraste entre el inmenso progreso científico y un espantoso regreso humano, consistiendo, su monstruosa obra maestra, en transformar al hombre en un gigante del mundo físico a costa del espíritu reducido de pigmeo en el mundo sobrenatural y eterno".



"PACEM IN TERRIS" - (JUAN XXIII)

Como quiera que el Profesor Don Joaquín Ruiz-Jiménez hace la presentación, sinopsis y notas de la encíclica de Juan XXIII "Pacem in Terris" habida cuenta su competencia tomamos los datos más precisos de su estudio, a fin, de exponer la delicada pieza que el mundo ha recibido con júbilo; por ser "Pacem in Terris" la encíclica de la "libertad".

El Profesor, Don Joaquín Ruiz-Jiménez dice así: "La Iglesia, Madre y Maestra, que hace apenas dos años, convocaba a las gentes por boca de su mismo Pastor a una magna empresa de justicia en la distribución de bienes de la tierra, les urge ahora la "instauración de la paz en la Tierra". La paz verdadera que brota de la libertad de la persona en la universal hermandad de los hombres. Porque la encíclica "Pacem in Terris" no es de la libertad a secas, sino "de la libertad en la comunidad", en el servicio al bien común, en la solidaridad de dolores y esperanzas, en el vínculo de la justicia y de la caridad. "La Mater Magistra" y la "Pacem in Terram" son dos flechas de un mismo haz, dos caras de una misma moneda, dos dimensiones del mismo ser: el ser del hombre, personal y co-munitario, señor de sus propios destinos y servidor de Dios y de los hombres.

En el liberador mensaje de la "Pacem in terris" no hay la

menor contradicción interna entre esas dos facetas del vivir humano, sino integración radical, superación creadora de aptitudes parciales, síntesis fecunda de las tensiones dinámicas en que se despliega la existencia histórica del hombre; como tampoco hay confusión entre la luz de la razón natural y la claridad de la fe, fundidas en la palabra del Vicario de Cristo como para hacer palpable, casi sensiblemente, la fecunda armonía de la naturaleza y de la gracia.

Ni hay, por último, ruptura o antimonía, entre esta enseñanza del Padre del Concilio y las de sus predecesores, los inmediatos, desde León XIII, o los más remotos, hasta Pío IX. Quienes buscan antagonismo o cambios bruscos desconocen el dinamismo profundo del magisterio eclesiástico, o simplemente, de la concepción cristiana de la vida y del mundo. Si hay una "evolución homogénea del dogma" hay aún más intensa evolución homogénea de sus proyecciones sobre la realidad - singular y concreta de cada tiempo y cada pueblo, trabajo - incesante del espíritu humano y del espíritu de Dios para que la verdad sea camino y vida para todos los hombres.

Perfil y sentido de la economía.

El "tema central" de la encíclica es la paz. La paz entre todos los hombres, entre todos los grupos y asociaciones intermedias, entre todos los pueblos, la paz universal.

Pero el Pontífice, consciente de la gravedad de nuestro mo-

mento histórico, no puede quedarse "y no se queda" en un canto teórico de la paz, sino que busca sus fuentes y concretas condiciones y exigencias.

A) El "fundamento último" de la paz entre los hombres, de la paz social, está en el orden establecido por Dios. Orden en la armonía de la Creación entera; orden que late en lo más íntimo de la naturaleza de cada hombre, en el hontanar de su conciencia. La paz es así, en el hermoso decir de San Agustín, la "tranquilidad del hombre" no es de un orden mecánico, impuesto externamente, sino del orden de la libertad en la línea del supremo destino del humano. El árbol de la paz arraiga en tierra fecunda del orden moral y sus cuatro raíces: "verdad, justicia, amor y libertad". Sólo quien sea capaz de descubrir esas implicaciones fundamentales, podrá entender que "es" y qué "exige" la paz entre los hombres.

B) El Sumo Pontífice se encara con esos complejos, básicos - problemas, en la fecha del Jueves Santo, evocador del primer ágape cristiano, del supremo acto de amor de Cristo a los hombres.

Pero no lo hace intemporalmente, sino desde la "situación" del 11 de Abril de 1963 en un mundo conturbado y anhelante, que está ahí, presente e incitador, ante el corazón del Papa.

Cada uno de los principios de la encíclica surge como requerido por alguna grave inquietud humana: física o espiritual; la opresión de la persona por los poderes públicos; el ansia

y los obstáculos a la comprensión recíproca; las dificultades a la vida familiar; la fatiga del trabajo; el dolor de la emigración; la lucha por los propios derechos; la indigencia de ayuda a los demás pueblos; los afanes de emancipación individual; el miedo a las crueldades de la guerra; las contaminaciones atómicas; los ataques a la soberanía nacional; el anhelo de la paz justa... Los más punzantes problemas de "hoy y de siempre, pero los de hoy en especial acento" golpean en cada una de estas páginas, que no son letra muerta, sino palabra viva, palabra en el tiempo, como la Iglesia misma.

C) El Papa enfoca los problemas desde una "doble perspectiva" y nutre sus enseñanzas desde una "doble fuente": La razón natural y la fe. Las reflexiones y los argumentos de filosofía moral y jurídica se entrelazan con los reflejos de la revelación y con las directrices del magisterio de la Iglesia, sin contradicción alguna.

Pero es realmente importante subrayar "fuentes a ciertas tendencias desvalorizadoras de iusnaturalismo, por parte, incluso, de algunos escritores cristianos" que el Pontífice insiste especialmente en los argumentos del primer tipo. Como él mismo manifestó el 9 de Abril en el momento de firmar la encíclica "sus líneas doctrinales brotan de las exigencias de la naturaleza humana y caen, las más de las veces, dentro de la esfera del Derecho natural".

Eso contribuye a explicar el por qué la "Pacem in Terris" no



está sólo dirigida al episcopado y el clero, ni sólo a los - fieles de la Iglesia, a los creyentes cristianos, sino a "todos, los hombres de buena voluntad", que en la recia expresión de San Pablo "muestran escritos en sus corazones la obra de la Ley, y de ello da testimonio su propia conciencia". (Rom. 2, 15).

Pero si la gracia no borra la naturaleza, tampoco la fe daña a la razón, sino que la reconforta y le abre perspectivas insondables sobre los misterios de la vida y el mundo. Y esta luz trascendente que nos llega de lo alto es sobremanera decisiva cuando se trata de entender, y sobre todo, cuando se trata de regir la conducta del hombre, caído por el pecado y redimido por la sangre de Cristo. De ahí que el Vicario de la tierra, al tiempo que pone su clara inteligencia, busca también el calor de la revelación en las Sagradas Escrituras, y en la gran tradición de la Iglesia, desde los Santos Padres, especialmente San Juan Crisóstomo y San Agustín, hasta el Doctor Angélico y, sobre todo, los Sumos Pontífices desde León XIII y Pío XII.

Cabría preguntarse si tiene alguna significación de que Juan XXIII no invoque las enseñanzas de los Pontífices anteriores a León XIII, y especialmente, Gregorio XVI y Pío IX, quienes tuvieron que encararse ya con los problemas más arduos del mundo contemporáneo: liberalismo económico y político; las - corrientes socialistas; el positivismo agnóstico; la separa-

ción de la Iglesia y del Estado; la secularización y laicismo.

Digamos por de pronto que no hay separación entre la enseñanza de Juan XIII y sus inmediatos predecesores del siglo XIX. Lo que hay es un acentuado cambio de la circunstancia histórica. En la hora de Gregorio XVI y de Pío IX, el problema era el de la hipertrofia de la libertad, la negación de la moral objetiva, el menosprecio de la autoridad, la ruptura de los vínculos de solidaridad humana en el servicio del bien común. En la hora de Juan XXIII, lo que se palpa es la hipertrofia del poder, la anulación práctica de los derechos fundamentales del hombre y el aplastamiento del hombre por la máquina Estatal, o social. De aquí se sigue que los principios universales y permanentes tengan un nuevo perfil.

Pero además, justo es decirlo, en el dinamismo interno de las verdades se van desvelando las posibilidades inéditas y el "ser mismo del hombre" que no es sólo historia, pero que es esencia realizándose en el tiempo "alcanza superiores medidas que alcanzan más honda conciencia de su dignidad y misión, - Por ello, hoy pueden abordarse las cuestiones que plantean el sentido y el alcance de la libertad" incluso de la libertad religiosa" y la colaboración entre el Estado y la Iglesia y entre los cristianos y no cristianos, por caminos que no eran practicables en la situación histórica de hace un siglo. Lo cierto es, que en estos últimos decenios, desde la primera guerra mundial hasta nuestros días, el pensamiento teológico y filosófico de inspiración cristiana ha esclarecido cuestio-

nes discutidas y alcanzado cotas que servirán de punto de partida para enriquecedores avances hacia la auténtica libertad de los hombres y de los pueblos.

Todo ello explica que Juan XXIII haya preferido partir de León XIII, situado en la fecha simbólica de 1900, y que puede ser considerado como el punto de arranque de una nueva era en la Historia de la Iglesia, en la que late toda la esencia del pasado y todas las posibilidades del porvenir.

D) En este clima adquieren una plenitud de valor y de significación "el tono y el estilo de "Pacem in Terris", que son el estilo y el tono mismo de Juan XXIII: apertura de corazón, sencillez de palabra, claridad de inteligencia y latido de amor.

Apertura sin más "a todos los hombres de buena voluntad" cristianos y no cristianos con tal que sepan oír la voz de la conciencia y asumir el dolor y la esperanza de los demás hombres. Así nos dice que "interesa indistintamente a todos los humanos" que por eso, nadie puede quedar al margen de la intensa tarea de suavizar muros que dividan, fomentar la mutua comprensión, destruir los gérmenes de la guerra, y llegar a la conciencia de las gentes.

Sencillez y tersura en el lenguaje, con la difícil facilidad y la suprema elegancia de una mente clara puesta en el servicio de Dios y de los hombres, del bien común, y de la paz en todas sus dimensiones.

Por último amor palpitante, el Papa nos da la augusta lección

de "no recordar lo que divide", para quedarse con lo que une"; de distinguir entre "los errores y los que yerran"; entre las teorías filosóficas y las iniciativas que en plano histórico tratan de satisfacer las necesidades humanas. Es cierto que la Encíclica señala los problemas y las desviaciones en el ejercicio de la autoridad, los odios entre los individuos y abusos reales, mas "no los adscribe el Pontífice a ninguna - concepción concreta de la vida y el mundo", porque sabe que, por desdicha, puedan darse en todas las latitudes aunque con diferentes ropajes.

E) Contempla el Pontífice la "problemática de la paz en sus principales vertientes", arrancando de un hecho verificable "el contraste entre el orden del universo físico y el desorden social, como si las relaciones entre los hombres tuvieran que ventilarse por la fuerza" Su Santidad expone los principios bá- sicos de la "convivencia" entre los hombres, personalmente - considerados, con sus derechos y deberes. Analiza después las relaciones entre los ciudadanos y los poderes públicos en el seno de cada comunidad política, es decir, los "problemas de orden político nacional" para esclarecer el verdadero fundamento de la autoridad y sus fines, así como la conveniente - estructura y funcionamiento de los órganos públicos y de la participación activa de los ciudadanos en la vida de la comu- nidad.

Proyecta luego este mismo principio en el plano internacio- nal para subrayar su condición de sujetos a derechos y deba-



res y marcar los valores que se deben exigir para su convivencia y cooperación.

Ello le lleva a enfocar todo el panorama de relaciones entre las comunidades políticas y sus miembros, individuales y colectivos, por una parte, y la Comunidad mundial por otra, o lo que es lo mismo "el orden social universal" perspectiva que se enlaza con las dos últimas partes de "Mater et Magistra".

Orden social inter-individual.

A) En el tejido de las relaciones inter-humanas el centro de gravedad está en la "persona", no en las que le circundan, ni en la urdimbre que le sostiene.

B) "La dignidad del hombre", como señala el Pontífice, tiene una "raíz natural" en su condición de ser inteligente y libre, mas un perfeccionamiento "sobrenatural" en la Redención de Cristo, y la participación por la gracia en la filiación y en la amistad con Dios.

C) "El hombre" no es cosa, objeto, mero medio de nadie, sino "actor y sujeto" y en alguna medida señor de sus propios actos hacia un destino trascendente que ha de lograr a través de su vida histórica. Por eso la persona humana en la expresión del Doctor Angélico "no se subordina a la ciudad en todas sus cosas". Los valores de salvación, las dimensiones de lo espiritual, su dignidad y honor, trascienden el espacio y el tiempo, y se abren a la eternidad.

Este es el sentido más hondo y radical de la libertad. Libertad para elegir los medios y caminos hacia la plena realización - del ser, dentro de los cauces de la moral, impresas por Dios en el fondo de la naturaleza y que su conciencia va desvelando a cada paso.

D) Solo que el hombre también es sociedad: indigencia y vinculación a los demás hombres, que le hacen falta para vivir, y desde luego para vivir en plenitud histórica. De ahí que tenga que coordinarse con ellos en un respeto recíproco de sus órbitas de acción; incluso que tenga que subordinarse a algunos, en la medida necesaria para el establecimiento de la autoridad. Una autoridad que haga posible la paz de la convivencia; porque contra este impulso de sociabilidad natural operan otras muchas tendencias disociativas, en el juego de los intereses y pasiones.

E) en el tejido de las relaciones sociales se revela constantemente "la dimensión" moral del hombre "abierto a la solicitación de valores y fines objetivos y acondicionado por circunstancias que le atan y le impulsan. Pero en el fondo de esto hay algo intocable y permanente: el núcleo esencial de la persona y el haz de derechos y deberes y su apertura hacia el - destino irrenunciable.

El Sumo Pontífice afirma que todo ser humano, sin discriminación alguna, "es persona sujeto de derechos y deberes" universales, inviolables, y absolutamente inalienables

El Papa agrupa ese rico conjunto de libertades o derechos en ocho categorías:

- A) Derecho de la integridad física y suficiencia vital.
- B) Derecho a la vida espiritual y libre búsqueda de la verdad y el bien.
- C) Derecho a la fe religiosa y al culto de Dios, según el dictámen de la recta conciencia de cada uno.
- D) Derecho a la elección del propio estado (matrimonial o religioso).
- E) Derechos en el plano económico (libre iniciativa del trabajo y propiedad).
- F) Derechos de comunicación con los demás hombres (reunión y asociación.)
- G) Derechos a la libertad de movimiento y residencia (migraciones internas y externas).
- H) Derechos propiamente políticos (a la participación activa de la vida pública y a la seguridad jurídica.)

Orden político nacional.

Dentro de este complejo panorama sobresale, por su importancia en todos los órdenes la "comunidad política", es decir, la constituyen los hombres para satisfacer aquellas necesidades que trascienden la órbita de la comunidad doméstica. Por eso el Pontífice después de haber definido el papel de la persona en el orden social interhumano, analiza el "orden político-nacional, que los clásicos veían regirse por la justicia distributi-

va y la justicia legal. El poder político como cualquier otra actividad humana exige una justificación. Justificación en el "origen o fundamento" y justificación en el "fin".

Para que exista la convivencia humana es necesario "una legítima autoridad", que coordine las voluntades, formule normas imperativas, según la razón, y garantice su cumplimiento por medio de la fuerza, transformada en servidora de la justicia. La fuerza obligatoria de la autoridad depende, por consiguiente, en su enraizamiento en el orden moral, cuyo vértice está en Dios. Sólo así unos hombres pueden mandar sobre otros sin que sufra la dignidad de éstos. Porque unos y otros, gobernantes y súbditos, quedan engarzados "desde dentro" en el supremo nivel de sus conciencias. La autoridad que sólo se funde en las amenazas, es falsa, porque no mueve al hombre a la persecución del bien. El fundamento de la autoridad radica "en el consentimiento de las personas que integran, como miembros vivos, la comunidad política". En este punto la concepción cristiana del orden político es "esencia democrática". Los grandes pensadores del siglo XVI y XVII (Vitoria y Suárez) lo definieron de modo decisivo. El pueblo, es la fuente próxima del poder político, y sin su consentimiento, expresado de una forma u otra, no hay autoridad. "Los ciudadanos -dice el Pontífice- conservan siempre la libertad de elegir a las personas que han de ejercer los poderes públicos", así como el "derecho a determinar la forma de gobierno". Cualquier régimen que "sea genuinamente democrático" es conciliable con esta concepción política cristiana.

Pero no basta con haber esclarecido la legitimidad de origen del poder político, entra en juego, después, la "legitimidad de ejercicio". También en este punto el pensamiento cristiano, prolongándose desde Platón, Aristóteles, Cicerón y Séneca, sentó que sólo "actúan legítimamente, las autoridades que buscan el bien de la comunidad". No le es suficiente poner actos "formalmente perfectos", es decir, según una pirámide de normas - preestablecidas, y con arreglo a las correctas delegaciones - de competencia, sino que, además, es preciso que el "contenido" de esos actos sea "moralmente bueno" y en servicio, no de los titulares de la nación, o de un sector de la nación, sino del conjunto. "La prosecución del bien común" dice sin veladores el Pontífice "constituye la razón misma de ser de los poderes públicos".

En ese bien han de participar todos, otra cosa es el grado de la participación según la función que realice el ciudadano, y su contribución a la utilidad común. El poder público ha de cuidar especialmente de los miembros más débiles, para lograr en la medida de lo posible "una igualdad de oportunidades"; así como la elevación de cultura y un clima expansivo de libertad.

Juan XXIII se remite a las precisas enseñanzas de la "Mater et Magistra"; a su luz y a la de Pío XII, el bien común aparece no como un bien colectivo, compacto y oprimente de aquellos, sino como el "conjunto que hacen posible y favorecen en los seres humanos el desarrollo integral de su propia



persona".

De esa concepción se derivan deberes muy precisos para los poderes públicos. El primero de ellos es "reconocer, respetar, armonizar, tutelar y promover los derechos de las personas humanas y hacer más fácil el cumplimiento de sus deberes". - Tanto es así -añade el Pontífice- "que carecen de fuerza de obligar, las prescripciones de aquellos gobernantes, que no reconocen los derechos del hombre o los atropellan".

Insistiendo en esta idea Juan XXIII nos dice "que los gobernantes han de poner especial empeño en crear los ambientes que aseguren el afectivo ejercicio de los derechos y deberes de los ciudadanos, y en corregir los desequilibrios económicos sociales, para que tales derechos no queden en palabras vacías, sino que tengan íntegra realización". En esta línea, -sigue el Pape-, es indispensable que los gobernantes pongan esmerado empeño en que al "desarrollo económico corresponda un igual progreso social".

Para lograrlo, tendrán que fomentar todos los servicios esenciales para la vida de un pueblo, recurriendo cuando sea necesario a los presupuestos oficiales, de tal manera que todo ciudadano tenga un nivel de vida digno del hombre; que todos alcancen una remuneración justa de su trabajo, se sientan responsables y participen, según igualdad en los bienes de la cooperación humana y de la cultura.

En cuanto a la estructura, la encíclica reconoce la imposibilidad de una determinación apriorística y con validez general,

dados los distintos grados de desarrollos.

Sin embargo Juan XXIII, destaca bien claramente que, las exigencias más íntimas de la naturaleza del hombre requieren el establecimiento de una "organización jurídico-política que se base en la división de poderes" correspondientes a las tres - funciones específicas de la autoridad pública; y que las respectivas esferas de competencia se definan en las normas jurídico-positivas de rango superior, al tiempo que se asegura por éstas una tutela eficaz a los ciudadanos en sus relaciones con los funcionarios públicos.

Como condición, pues, de legitimidad de cualquier régimen político queda perfilada a la luz del pensamiento cristiano una estructura de Estado de Derecho, no un anacrónico sentido individual, sino en un sentido profundamente social. En ese Estado que llamaríamos Estado comunitario de Derecho, para superar el descrédito de la Democracia orgánica, los tres poderes, legislativo, ejecutivo y judicial, cooperarán a la realización efectiva de las libertades personales, bajo el signo de la - igualdad y solidaridad.

Puntualiza "Pacem in Terris" que los gobernantes sean elegidos entre personas de gran prudencia y exquisita moralidad, y que por otro lado se estimule la intervención activa de los - ciudadanos en la tarea del Gobierno según el grado de madurez humana alcanzado por la comunidad política. Esta participación será con varios partidos políticos, sometidos a un estatuto -

constitucional, que frene las pugnas desintegradoras o a través de grupos naturales de convivencia, pero con las garantías necesarias para que la representación sea auténticamente, de "abajo-arriba" mediante una intervención directa de todos los ciudadanos a través de elecciones periódicas, sinceras y libres. Expone el Profesor Ruiz-Jiménez, que aunque "Pacem in Terris" no toca de modo expreso el punto de la existencia, o nó de los partidos políticos, es indudable que sus criterios sobre los derechos fundamentales de reunión y asociación sin interferencia de los poderes públicos, y de participación activa en la obra de gobierno, implica una inclinación favorable a una organización pluralista de la vida política.

Precisamente por estar en las líneas de estas aspiraciones el Sumo Pontífice, concluye este capítulo refiriéndose con simpatía a la promulgación de Constituciones en muchos Estados contemporáneos, y a la inserción en ellas de "la carta de los derechos fundamentales de los hombres" y de normas jurídicas concretas, para regir las relaciones entre los ciudadanos y los gobernantes.

El orden político internacional.

Los principios que acaban de sentarse son proyectables análogicamente sobre el plano de las relaciones entre las distintas comunidades políticas nacionales.

Las comunidades políticas -enseña Juan XXIII-, son "sujetos de derechos y deberes". Los gobernantes de cada una de ellas, no pueden faltar a su dignidad racional, ni ejercer su autoridad hacia fuera contra las exigencias de la ley moral y en daño de los derechos y deberes de otros pueblos, así como -- del bien común en que todos convergen. Las relaciones internacionales deben regirse también por los valores de la verdadera justicia, la solidaridad generosa y eficiente de la libertad. La verdad exige la reafirmación de la igualdad entre todos los pueblos, con eliminación de toda huella de racismo (único "ismo" expresamente reprobado por el Papa) y con reconocimiento de sus derechos fundamentales, desde el derecho a la existencia y a los medios para su desarrollo hasta el derecho a la reputación y a los debidos honores (igual que en cada Estado para cada uno de los ciudadanos que lo integran).

La justicia refrenda ese deber de mutuo respeto entre las comunidades políticas, en el ejercicio de sus derechos y en el cumplimiento de sus deberes; pero además impone que la resolución de las diferencias de intereses o ideologías no se resuelva por la fuerza de las armas, el fraude o el engaño, sino por medio de la "comprensión mutua" el examen cuidadoso de la verdad y las soluciones equitativas". En este ámbito de exigencias de justicia, el Pontífice sitúa también el delicado trato de las minorías "étnicas", englobadas dentro de la órbita del Estado: y amonesta a los gobernantes para que no repriman su vitalidad y desarrollo, sino que favorezcan sus

"valores humanos" culturales y económicos (lengua, arte, modos de vivir, fuentes de ingresos) Por su parte los miembros de éstas minorías no han de exigir más de lo justo y participar amistosamente en los usos y tradiciones del pueblo circundante.

Los principios de "solidaridad" generosa se concretan en una "acción conjunta entre las diferentes naciones" para tratar de promover a través de la asociación el bien común internacional. Dentro de este panorama hay "tres cuestiones especialmente graves":

En primer término, la realidad de "desequilibrios o desproporciones" en algunas zonas del mundo, entre población, tierra cultivable y capital para inversiones remuneradoras. Los Estados han de remediarlos con una intensa comunicación de bienes materiales y de personas, pero a ser posible, que acudan los capitales y no a la inversa, para evitar dolorosos desarraigos de hombres de un pueblo a otro.

En segundo lugar están los prófugos o exiliados políticos - que en número notable se tienen que acoger a otras naciones. El fenómeno adquiere suma gravedad. En algunas naciones "los poderes públicos restringen en exceso los límites de una justa libertad, dentro de los cuales puedan los ciudadanos vivir una vida digna de hombres" pues la autoridad pública está destinada a promover el bien común".

Por último, la desenfrenada carrera de armamentos, con los innumerables daños que ocasiona en todos los países. Frente a la política "de terror" urge que las naciones pongan en práctica una salvadora "política de amor" y solidaridad.

El Sumo Pontífice al contemplar el panorama de "nuestro tiempo" alaba el esfuerzo de quienes tratan de eliminar el uso de las armas y de hacer imposible la guerra. En una época que se jacta de poseer la fuerza atómica, "resulta absurdo sostener la guerra como medio para resarcir el derecho violado". Juan XXIII excluye "cualquier guerra ofensiva y admite sólo la guerra de legítima defensa".

El orden social universal.

Su Santidad Juan XXIII, insiste en la "inter-dependencia profunda entre los pueblos" por el creciente cambio de ideas, de hombres y bienes. Pero la eficaz realización de este bien, "no puede alcanzarse con la organización actual". El bien común universal exige "la constitución de una autoridad pública sobre el plano mundial" por unánime acuerdo entre todas las naciones, y no por imposición de la fuerza, puesto que su misión es, "tratar con igualdad a todos y promover el bien común universal". Esa autoridad deberá cumplir un doble objeto. "Elevar el nivel de vida material y espiritual de los pueblos" y asegurar "la tutela de los derechos y deberes de la persona humana". El ejercicio de

ésta autoridad deberá inspirarse, "En el principio de subsidiaridad" ésto es el reconocimiento y respeto a las órbitas de competencia legítima de radio menor, como garantía de la libertad de las personas individuales, de las asociaciones - intermedias y las comunidades nacionales en la medida que no dañe el bien común universal.

La fijación de éstas órbitas de competencia será siempre difícil como lo es dentro de cada comunidad política, más no imposible. La Constitución Mundial tendrá que señalar las zonas de competencia y los límites de los poderes respectivos, de manera similar a lo que ocurre a los Estados de estructura federal.

En la última exhortación de Juan XXIII, exige que en el plano mundial se llegue a un Convenio "para la salvaguardia de los derechos y deberes del hombre", ha sonado la hora de que la protección de las libertades del hombre se considere excluida de la llamada "jurisdicción interna o doméstica de cada Estado".

A la hora de cerrar su Magna encíclica, Juan XXIII, abre a los fieles su corazón de Padre y les dirige unas apremiantes recomendaciones pastorales:

A) Que participen activamente en la administración pública y en el fomento de la prosperidad de todo el género humano.

B) que para ello adquieran indispensable competencia científica



fica y técnica, y experiencia profesional.

- C) Que actúen siempre con espíritu de verdad, de justicia y caridad y libertad.
- D) Que se mantengan en actitud de milicia permanente y de solidaridad constante.
- E) Que acepten posibilidad de contacto y entendimiento con -- los cristianos separados y aún con los hombres no cristianos "fieles a la luz de su razón y actuantes con rectitud natural y que cooperen con ellos en el campo económico, social y político, ya que los principios doctrinales expuestos en la encíclica sobre estas actividades" se basan en la naturaleza de las cosas y proceden de la esfera de los derechos naturales -- de todo hombre".

Con inmensa delicadeza Su Santidad insiste en la importancia de distinguir entre el "error" y el hombre que "yerra" pues éste, aún en el caso de ignorancia o desviación en el orden religioso o moral, "no pierde su condición humana" aparte de que puede llegar a conocer la verdad y los hijos de la Iglesia ayudarle a ello.

Todavía pide el Vicario de Cristo a los hombres, sin renunciar a su fortaleza contra las injusticias, que se esfuercen por superarlas, no con violencia o revoluciones, que dejan -- llagas y ruinas, sino con la evolución constante en una inmensa tarea que requiere un corazón nuevo, caldeado por el -- espíritu de la verdad, justicia, de libertad y amor.

DECLARACION SOBRE LA LIBERTAD RELIGIOSA.

El derecho de las personas y de las comunidades a la libertad social y civil en materia religiosa. (Paulo VI)

La dignidad de la persona humana se hace cada vez más clara en la conciencia de los hombres de nuestro tiempo y remonta el número de quienes exigen que los hombres en su actuación gocen y usen de su propio criterio y de una libertad responsable, no movidos por la coacción, sino guiados por la conciencia del deber. Piden igualmente la delimitación jurídica del poder público, a fin de que no se restrinjan demasiado los confines de la justa libertad tanto de las personas como de las asociaciones. Esta exigencia de la libertad en la sociedad humana se refiere sobre todo a los bienes del espíritu humano, principalmente a aquellos que atañen al libre ejercicio de la religión en la sociedad. Secundando con diligencia estos anhelos del espíritu y proponiéndose declarar cuan conformes son con la verdad y con la justicia, este Concilio Vaticano investiga la sagrada tradición y la doctrina de la Iglesia de las cuales saca a la luz cosas nuevas, siempre coherentes con las antiguas.

Naturaleza de la libertad religiosa.

Objeto y fundamento de la libertad religiosa.

Este Concilio Vaticano declara que la persona humana tiene

derecho a la libertad religiosa. Esta libertad consiste en que todos los hombres han de estar inmunes de coacción, tan to de parte de las personas particulares como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y ésto de tal manera, que en materia religiosa ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia ni se le impida que actúe conforme a ella en privado y en público, solo o asociado con otros, dentro de los límites debidos. Declara, además, que el derecho a la libertad religiosa está realmente fundado en la dignidad misma de la persona humana, tal como se la conoce en la palabra revelada de Dios y por la misma razón natural. Este derecho de la persona humana a la libertad religiosa ha de ser reconocido en el ordenamiento jurídico de la sociedad, de forma que llegue a convertirse en un derecho civil.

Todos los hombres conforme a su dignidad, por ser personas, es decir, dotados de razón y de voluntad libre, y, por obligación moral de buscar la verdad, sobre todo lo que se refiere a la religión, están obligados, a adherirse a la verdad conocida y ordenar toda su vida según las exigencias de la verdad. Pero los hombres no pueden hacer esta obligación en forma adecuada a su propia naturaleza si nó gozan de libertad psicológica al mismo tiempo que de inmunidad de coacción externa.

Por consiguiente, el derecho de libertad religiosa, no se funda en la disposición subjetiva de la persona, sino en su

misma naturaleza, por lo cual el derecho a ésta inmunidad - permanece en aquellos que no cumplan la obligación de buscar la verdad y de adherirse a ella, y su ejercicio no puede ser impedido con tal de que se guarde el justo orden público.

La libertad religiosa y la vinculación del hombre con Dios.

Todo esto se hace más claro aún para quien considera que la norma suprema de la vida humana es la misma ley divina eterna, objetiva y universal para la que Dios ordena, dirige y gobierna el mundo y los caminos de la comunidad humana según los principios de su sabiduría y amor. Dios hace al hombre partícipe de ésta su ley, de manera que el hombre, por suave disposición de la divina Providencia, puede conocer más y más la verdad inmutable. Por tanto, cada cual tiene su obligación y por consiguiente también su derecho de buscar la — verdad en materia religiosa, a fin de que, utilizando los medios adecuados, llegue a formarse rectos y verdaderos jui— cios de conciencia.

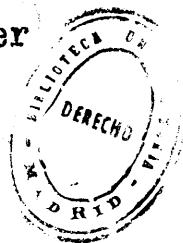
Ahora bien: la verdad debe buscarse de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social. Es decir, mediante una libre investigación, sirviéndose del — magisterio o la educación, de la comunicación o el diálogo, mediante los cuales unos exponen a otros la verdad que han encontrado o creen haber encontrado para ayudarse mutuamente en la investigación de la verdad, y una vez conocida ésta

hay que adherirse a ella firmemente con asentimiento personal.

El hombre percibe por medio de su conciencia los dictámenes de la ley divina, conciencia que tiene obligación de seguir fielmente en toda su actividad para llegar a Dios, que es su fin. Por tanto no se le puede forzar a obrar contra su conciencia. Ni tampoco se le puede exigir que obre contra su conciencia, principalmente en materia religiosa. Porque el ejercicio de la religión, por su propia índole, consiste sobre todo en los actos internos voluntarios y libres, por los que el hombre se ordena directamente con Dios: actos de este género no pueden ser mandados ni prohibidos por una potestad meramente humana. Y la misma naturaleza social del hombre exige que éste manifieste los actos internos externamente, que se comuniquen con otro en materia religiosa, que profesa su religión en forma comunitaria.

Se hace, pues, injuria a la persona humana y al orden que Dios ha establecido para los hombres, ni se niega a aquella el libre ejercicio de la religión de la sociedad siempre que quede a salvo el justo orden público.

Además, los actos religiosos con que los hombres, partiendo de su convicción, se relacionan privada y públicamente con Dios, trascienden por su naturaleza el orden terrestre y temporal. Por consiguiente, la autoridad civil, cuyo fin propio es velar por el bien común temporal debe reconocer



la vida religiosa de los ciudadanos y favorecerle, pero hay que afirmar que excede sus límites si pretende dirigir o impedir los actos religiosos.

Conclusión.

Es evidente, pues, que los hombres de nuestro tiempo desean poder profesar libremente la religión en privado y en público, y más aún, que la libertad religiosa se declara ya como derecho civil en muchas constituciones y se reconoce solemnemente en documentos internacionales. Pero no faltan regímenes en los que, si bien su constitución reconoce la libertad del culto religioso, sin embargo, las mismas autoridades públicas se empeñan en apartar a los ciudadanos de profesar la religión y en hacer extremadamente difícil e insegura la vida de las comunidades religiosas.

Por consiguiente, para que se establezcan y consoliden las relaciones pacíficas y la concordia en el género humano se requiere que en todas las partes del mundo la libertad religiosa sea protegida por una eficaz tutela jurídica y que se respeten los supremos derechos y deberes de los hombres para desarrollar libremente la vida religiosa dentro de la sociedad.

Decretos sobre el Ecumenismo.

Relación de los hermanos separados con la Iglesia Católica.

En esta una y única Iglesia de Dios, ya desde los primeros tiempos se efectuaron algunas escisiones (Cf. Cor 11, 18, y 19. Gal, 1, 6 y 9) pero en tiempos sucesivos hubo discrepancias mayores, separándose de la plena comunión de la Iglesia Católica no pocas comunidades sin responsabilidad de ambas partes. Pero los que ahora nacen y se nutren de la fé de Cristo no pueden ser tenidos como responsables del pecado de la secesión, y la Iglesia Católica los abraza con fraterno respeto y amor; puesto que quienes creen en Cristo y recibieron el bautismo debidamente quedan constituidos en alguna comunión, aunque no sea perfecta, con la Iglesia Católica. Efectivamente, por causa de las discrepancias existentes entre ellos y la Iglesia Católica, ya en cuanto doctrina, ya en cuanto disciplina, ya en lo relativo a la estructura de la Iglesia se interponen a la plena comunión eclesíástica no pocos obstáculos que el movimiento ecumenista trata de superar. Sin embargo, por la fé del bautismo, quedan incorporados a Cristo y por tanto, reciben el nombre de cristianos con todo derecho y justicia, siendo reconocidos como hermanos en el Señor por los hijos de la Iglesia católica.

Ecumenismo.

El movimiento Ecuménico se entiende, el conjunto de activi-

dades y empresas, que, conforme a las distintas necesidades de la Iglesia y a las circunstancias de los tiempos, se suscitan y se ordenan a favorecer la unidad de los cristianos.- Tales son, en primer lugar, todos los intentos de eliminar palabras, juicios y actos que no sean conformes, según justicia y verdad, a la condición de los hermanos separados, y - que, por tanto, puedan hacer más difíciles, las mutuas relaciones entre ellos; en segundo lugar, el diálogo entablado entre peritos y técnicos en reuniones de cristianos de las diversas Iglesias o comunidades, y celebradas en espíritu religioso, exponiendo cada uno por su parte con toda profundidad la doctrina de su religión y presentando los caracteres de la misma. Por medio de éste diálogo todos adquieren un conocimiento más auténtico y justo de la doctrina, y de la vida de ambas comuniones. En tercer lugar, las diversas comuniones consiguen una más amplia colaboración en todas las obligaciones exigidas por toda conciencia cristiana en orden al bien común, y en cuánto es posible, participan de la oración unánime. Todos, finalmente, examinan su fidelidad a la voluntad de Cristo con relación a la Iglesia, y - como es debido, emprenden animosos la obra de renovación y reforma.

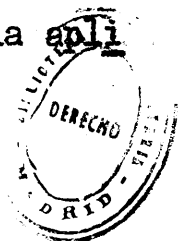
Todo esto realizado, prudente y pacientemente por los fieles de la Iglesia, bajo la vigilancia de los pastores, conduce al bien de la equidad y de la verdad, de la concordia y co-

laboración, del amor fraterno y de la unión, para que poco a poco, por ésta vía, superados los obstáculos que impiden la perfecta comunión eclesial, todos los cristianos se con-
guguen en una única celebración de la Eucaristía, en órden a la unidad de la una y única Iglesia, a la unidad que Cristo dió a su Iglesia desde un principio, y que creemos subsiste in-
defectible en la Iglesia Católica y esperamos que crezca has-
ta la consumación de los siglos.

LA COOPERACIÓN CON LOS HERMANOS SEPARADOS.

Todos los cristianos deben confesar delante del mundo entero su fé en Dios uno y trino, en el Hijo de Dios encarnado, Re-
dentor y Señor nuestro y con empeño común en su mutuo aprecio den testimonio de nuestra esperanza, que no confunde.

Como en estos tiempos se exige una colaboración amplísima en el campo social, todos los hombres son llamados a una empre-
sa común, sobre todo los que creen en Dios, y más singularmen-
te todos los cristianos, por verse honrados con el nombre de Cristo. La cooperación de todos los cristianos expresa vi-
vamente la unión con la que ya están vinculados y presenta con luz más radiante la imágen de Cristo siervo. Esta coo-
peración establecida ya en no pocas naciones, debe ir per-
feccionándose sobre todo en las regiones desarrolladas so-
cial y técnicamente, ya en el justo aprecio de la dignidad humana, ya procurando el bien de la paz, ya aplicando el -
Evangelio, ya en el progreso de las ciencias, ya en la apli



cación de remedios contra los infortunios de nuestros tiempos, miserias, escasez de viviendas y distrubición injusta de las riquezas. Por medio de esta cooperación podrán advertir todos los que creen en Cristo, cómo pueden conocerse y allanar el camino para la unidad de los cristianos.

Las Iglesias y las comunidades separadas de la sede apostólica romana.

Las Iglesias y comunidades eclesiabiles que se disgregaron de la Sede Apostólica romana, en aquella gravísima perturbación que comenzó en el Occidente ya a finales de la Edad Media, - bien en tiempos sucesivos, están unidas a la Iglesia Católica por una afinidad de lazos y obligaciones particulares por haber desarrollado en tiempos pasados una vida cristiana multisecular en comunión eclesiástica. Puesto que estas Iglesias, por la diversidad de origen, de su doctrina y vida espiritual, discrepan no sólo de nosotros, sino también entre sí, es tarea muy difícil describirlas cumplidamente cosa que no tratamos de hacer aquí.

Este sagrado Concilio exhorta a todos los fieles que se abstengan de toda ligereza o imprudente celo que podría perjudicar el celo de la unidad. Este sagrado Concilio desea ardientemente que los proyectos de los fieles católicos - progresen en unión de los hermanos separados, sin que pongan obstáculos a los caminos de la Providencia y sin per-

juicios que puedan venir del Espíritu Santo. Además, se declara conocedor de que este santo propósito de reconciliar a todos los cristianos en la unidad de la única Iglesia de Cristo excede las fuerzas y la capacidad humana. Por eso pone toda su esperanza en la oración de Cristo por la Iglesia, en el amor del Padre para con nosotros, en la virtud del Espíritu Santo.

Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas.

La Iglesia mira con aprecio a los musulmanes que adoran al único Dios, viviente y subsistente, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres, a cuyos ocultos designios procuran someterse con toda el alma, como se sometió Abraham; a la fé Islámica mira con complacencia. Veneran a Jesús como Profeta, y honran a María su madre virginal y a veces la invocan devotamente.

Si en el transcurso de los siglos surgieron no pocas desavenencias y enemistades entre musulmanes y cristianos, el sagrado Concilio exhorta a todos que, olvidando lo pasado, procuren llegar sinceramente a una mutua comprensión, defiendan unidos la justicia social, los bienes morales, la paz y la libertad para los hombres.

La Religión judía.

Al investigar los misterios de la Iglesia, este sagrado Con

cilio recuerda los vínculos con que el pueblo del Nuevo Testamento está espiritualmente unido con la raza de Abraham.

La Iglesia tiene siempre ante sus ojos las palabras de Pablo sobre sus hermanos de sangre, "a quienes pertenecen la adopción y la gloria, la ley, el culto y las promesas; y también los - patriarcas y de quienes procede Cristo, según la carne". (Rom. 9, 4-5)

Aunque las autoridades de los judíos con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo, (10, 19, 6) sin embargo, lo que en su pasión se hizo, no puede ser imputado, ni inmediatamente a todos los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy.

Y si bien la Iglesia es el nuevo nuevo de Dios, no se ha de - señalar a los judíos como réprobos de Dios y malditos, como si ésto se dedujera de las Sagradas Escrituras.

Por consiguiente, procuren todos no enseñar cosas que no están conformes con la verdad evangélica y con el Espíritu de Cristo, ni en la catequesis, ni en la predicación de la palabra de - Dios.

Acerca de las diversas religiones no cristianas.

La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones (hinduismo y budismo) hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto lo que hay en ellas de obrar y vivir, los preceptos y doctrinas que por más que discrepen en muchos

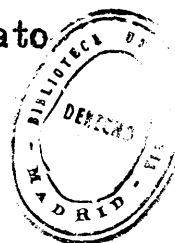
de lo que ella profesa, no pocas veces refleja un destello de Verdad que ilumina a todos los hombres. Anuncia y tiene la obligación de anunciar a Cristo, que es el "camino, la - verdad y la vida". (10. 14, 6) en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas. (Cf. Cor. 5. 18-19) Por consiguiente exhorta a sus hijos a que con prudencia y caridad, mediante el diálogo y colaboración de los adeptos de otras religiones, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que en ellos existen.

Objetivo del Concilio:

(Discurso pronunciado por Juan XXIII el 11 de Octubre de 1962 en la Basílica Vaticana en el acto de inauguración del Concilio Vaticano II)

La sucesión de los diversos Concilios celebrados hasta ahora, atestiguan la vitalidad de la Iglesia católica y señalan los puntos luminosos de su historia. El gesto del más humilde sucesor de Pedro, que os habla, tiene la finalidad de - afirmar, una vez más, la continuidad del Magisterio Eclesiástico para presentarlo de una forma excepcional a todos los hombres de su tiempo, teniendo en cuenta las desviaciones, las exigencias y las oportunidades de la Edad Moderna.

Es muy natural que al iniciarse el Concilio, nos es grato



dar una mirada al pasado para recoger las voces solemnes y venerables del Oriente y Occidente, del siglo IV al Medioevo y desde entonces la Edad Moderna, las cuales han transmitido las voces de aquellos Concilios.

Más junto a estos motivos de júbilo, es cierto, sin embargo, que desde esta historia se extiende, a través de más de XIX siglos, una nube de tristeza y de prueba. Por algo Simeón - dijo a María, la Madre de Jesús, "Este Niño está puesto para ruina y resurgimiento de muchos de Israel y como señal - de contradicción".

El gran problema planteado en el mundo queda en pie tras casi dos mil años. Los Concilios ecuménicos siempre que se celebran, son una actuación solemne de la unión de Cristo y su Iglesia, y conducen por eso mismo, a una irradiación universal de la verdad, a la recta dirección de la vida familiar y social; al robustecimiento de las energías espirituales, en elevación constante hacia los bienes verdaderos y eternos. Al iniciarse el Concilio Ecuménico Vaticano II es evidente como nunca que la verdad del Señor permanece siempre. Vemos, en efecto, que al pasar de un tiempo a otro, las opiniones de - los hombres se suceden excluyéndose mutuamente y que los errores apenas nacidos se desvanecen como la niebla ante el sol. Siempre se opuso la Iglesia a estos errores; frecuentemente - con la mayor severidad. En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo, prefiere usar la medicina de la misericordia más que de -

la severidad.

Piensa que hay que remediar a los necesitados mostrándoles la validéz de la doctrina sagrada más que condenándolos. No es que falten doctrinas falaces, conceptos peligrosos que hay - que prevenir y disipar; pero ellos están ahí, en evidente - contraste con la recta norma de la honestidad, que han dado frutos tan perniciosos que ya los hombres, por sí solos, hoy día parece que están por condenarlos, y en especial aquellas costumbres que desprecian a Dios y a su Ley; la excesiva confianza en la técnica; el bienestar fundado en las comodidades; estando por el contrario cada día más convencidos en la dignidad humana y en su perfeccionamiento, más el compromiso que esto significa.

Lo que más cuenta es, que la fuerza de las armas y el predominio político de nada sirven para una feliz solución de los problemas graves que nos afligen. Estando así las cosas, la Iglesia católica por medio de su Concilio Ecuménico quiere - mostrarse madre amable, benigna, paciente, llena de misericordia y piedad para sus hijos separados de ella. Ella, la - Iglesia, por medio de sus hijos extiende por doquier la caridad cristiana que más que ninguna otra cosa contribuye a extirpar las semillas de la discordia, y con mayor eficacia que otro medio fomenta la concordia, la justa paz y la unión fraternal para todos.

Decidido propósito de rejuvenecimiento y reforma.

Si, el Concilio tiende a una nueva reforma. Pero atención: no es que al hablar así reconozcamos que la Iglesia católica de hoy pueda ser acusada de infidelidad sustancial al pensamiento del Divino Fundador, sino más bien el reconocimiento profundo de su fidelidad sustancial lo llena la gratitud y la humildad y le infunde el valor de corregirse de las imperfecciones que son propias de la humana debilidad. No pretende el Concilio un cambio radical de la vida presente de la Iglesia, sino que más bien, rinde homenaje a la tradición, al quererla despojar de toda caduca manifestación para hacerla genuina y profunda.

¿No dijo Jesús ante sus discípulos: Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que en mí no lleva fruto, lo arranca, y a todo el que lleva fruto lo poda para que lleve fruto más abundante? (10, 15, 1 - 2)

CONCLUSIONES.

De todo lo dicho se infiere lo siguiente:

- 1) Que Dios es el Creador del mundo: que todo depende de El: que nada es igual a El, sino Dios mismo.
- 2) Que se sigue una dualidad: que todo depende de El: más nada es igual a El,
- 3) Que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, concediéndole razón y libre albedrío que le dan la categoría de "persona humana" y diferenciándose de Dios, en que Dios además de ser Todo Sabiduría, Todo Bondad, Todo Justicia y Todo Amor, es infinito y el hombre finito.
- 4) Que este hombre creado por Dios tiene inclinación natural a vivir en sociedad, y que la sociedad es la unión de los - hombres que se juntan para vivir humanamente.
- 5) Que esta sociedad, tiene un doble fin: intrínseco, uno, el bien común y otro extrínseco, que es la posesión de Dios. Debemos recordar que no son dos fines coordinados, sino subordinados el uno al otro: "Conseguir la bienaventuranza mediante una vida virtuosa. Entre el bien individual y el común, - tiene preferencia el segundo...
- 6) Que lo primero del hombre es "ser el mismo", ya que luego

viene lo demás, y es, a saber: los derechos y los deberes, por ser centro y apoyo de las personalidades secundarias. Que si no existe el derecho el deber se desvanece, y el bien y el mal ya no es elegible y se confunden.

7) Que para mantener la paz dentro de la sociedad, debe existir la justicia y de ella nace la autoridad y de la reunión de la multitud ^{reunión} unida en el consentimiento del derecho y participación de la utilidad común, nace el Estado.

8) Que ésta justicia nacida para el bien común, y ^{la constante y perpetua voluntad} que es ~~dada~~ a cada uno lo suyo, según Derecho, es la Iglesia en un sentido sobrenatural, más en un sentido natural es el Estado.

9) Que este Derecho Positivo no es otra cosa que lo lícito, o lo que es lícito según ley; ya que la ley no es propiamente Derecho, sino más bien razón de Derecho; y se divide, si se hace la comparación de la parte al todo es justicia legal: si es la parte con la parte, justicia conmutativa, y si es el todo con las partes. justicia distributiva; y como corresponde al hombre "el dominio de las cosas", nace la propiedad.

10) Por haber sido creado el hombre por Dios a su imagen y semejanza que conlleva dignidad, libertad, derechos y deberes, tiene igualdad en los mismos y se diferencian según los derechos, *de ser naturales.*

11) Que la autoridad debe ser elegida por su prudencia, templanza y fortaleza y por tanto justicia, para que realice el bien común con los principios supremos del orden social, la dignidad humana y la libertad de la persona humana y en este bien comun, la participación de los ciudadanos en el orden jurídico y socio-económico y la función y ámbito lícito de la autoridad pública, así como las sociedades intermedias, particularmente las asociaciones de trabajadores.

12) Que la autoridad no puede ejercer solo el bien individual, sino común, por ser la ^{"la constante y perpetua voluntad"} justicia ~~de~~ dar a cada uno según su derecho" y al mantener la correlación de "abajo-arriba" favorecer a los más necesitados, ya que los poderosos pueden bastarse así mismos aunque ello sea en perjuicio de los menos en caso de necesitarse.

13) Que los deberes serán atendiendo a la justicia ya que las cargas necesarias serán según los bienes de que se disponga y con ello la equidad.

14) Que debe recordarse la misión de la Iglesia en el mundo, la autonomía en el orden temporal, la relación entre los dos órdenes espiritual y temporal, el principio de la unidad de vida y la doble acción de la Iglesia en el mundo, como sociedad y a través de sus fieles en cuánto ciudadanos.

15) Más como el hombre después del pecado original tiene la



naturaleza "enferma", debe pensar siempre que la ambición y el egoísmo, "la gloria de ellos", es incompatible con Dios y con la sociedad; con la libertad y con la dignidad humana.

16) Que desde el "Rerum Novarum" de León XIII, pasando por los Papas Pío XI y Pío XII hasta llegar a Juan XXIII y ~~Venerabilis~~ ~~maximus~~ Paulo VI con ~~la encíclica in Quadragesima~~ la culminación del Concilio Vaticano II, la voz de los papas repiten el "Acordaos de los pobres" (Sábata cap 9, ver.10) y aquél otro (~~en~~ Levítico cap. 19. vers. 18) "Amarás a tu prójimo como a tí mismo" como así, el absurdo de haber llegado por un lado por medio de la ciencia y la técnica a gran progreso y pretender resolver las desavenencias de los pueblos al son de las trompetas de guerra que traen el horror y la muerte, sin acordarse del "no matarás".

"Nociones de Justicia y poder en el pensamiento cristiano."

INDICE:

Concepción hebráica.....	2.	Pag.
La idea cristiana del reino.....	6.	Pag.
El gobernante como Vicario de Dios.....	19.	Pag.
De las virtudes morales.....	23.	Pag.
La justicia el derecho y el poder de Francis co Vitoria.....	37	Pag.
Enciclica Diuturnum Illud. (León XIII).....	57	Pag.
Libertas Praestantissimum. (León XIII).....	60	Pag.
Au Mileu des sollicitudes (León XIII).....	64	Pag.
Rerum Novarum. (León XIII).....	65	Pag.
Quadragesimo Anno (Pio XI).....	87	Pag.
Mater et Magistra. (Juan XXIII).....	105	Pag.
Pacem in Terris. (Juan XXIII).....	115	Pag.
Concilio Vaticano II: declaración sobre la libertad religiosa.....	136	Pag.
Conclusiones.....	151	Pag.



BIBLIOGRAFIA POR ORDEN ALFABETICO.

Historia Universal de la Iglesia.-- Juan Alzog (edición libre-
ria religiosa, Barcelona 1868) Biblioteca nacional de Ma-
drid) Desarrollo de la Iglesia Católica Tomo II, pag. 38 y
siguientes.

Apología de la Religión Cristiana.-- M. Bergier Edición Hum-
blot 1769. (Biblioteca Nacional de Madrid) Misterios de la
Religión cristiana tomo I ca. VII. Sobre la Moral Cristiana
tomo II pag. 50.

El Mito del Estado E. Cassirer. México. 1947. pag. 331 y sig.

Catolicismo, Libermanismo y Socialismo. Donoso Cortés. Riva-
deneira. Madrid 1851. (Biblioteca Nacional de Madrid).

El Reino de Dios Arquetipo político. García Pelayo. 1959.

Estudios filosóficos sobre el Cristianismo. Augusto Nicolás.
Biblioteca Universal de Economía. México 1851. (Biblioteca -
Nacional de Madrid) Pag. 28 y sig. Sobre la Iglesia.

Diálogos sobre la dignidad del hombre. Pérez Oliva. Autores
Españoles tomo 65 obras filosóficas, pag. 228.

De la Divina Providencia. L.A. Séneca. (Biblioteca de Auto-
res Españoles, obras filosóficas. Edc. 1873, tomo 65 de la -
colección.

Suma Teológica. Santo Tomás. Madrid. 1956. Edit. Católica.
Tomo VIII, 2-2q. 47-49.

De la Vida Bienaventurada. Edic. Autores Españoles. Cap.V.
IX, y XIII y XVII.

Cuestiones de Filosofía Moral. A. Tostado. Edic. Autores
españoles. pag 145.

Eglogas. P. Virgilio IV, 4 y 10 impreso en el Convento de
San Bernardo 1626. (Biblioteca Nacional de Madrid)

Introducción a la sabiduría. J.L. Vives. (De la misma edic.
pag. 239. y sig. Cap. IX. sobre la religión Cap. XI sobre -
la caridad.

Del socorro a los pobres o necesidades humanas. Vives. (Mis-
ma Edic. y Colecc.)

Relaciones Teológicas del Maestro F. Vitoria. Edic. Crítica.
y versión castellana preparada por el Maestro Fr. Luis G.
Alonso. Madrid 1933-34 y 35.)

F. Vitoria O.P. Comentarios a la Secunda secundae de Santo
Tomás. Edic. por R.P. Vicente Beltrán Herediao. P. Salaman-
ca Biblioteca Teólogos Españoles Vol. 1, 1932 y hasta el V
en 1935.

F. Vitoria fundador del Derecho Internacional moderno. Gar-
cia Trelles. Madrid, 1928.

F. Vitoria fundador del Derecho Inter

Los Manuscritos de F. Vitoria. (Biblioteca de Tomistas españoles IV) Madrid 1928. Dos obras importantes de F. Vitoria fundador del Derecho de Gentes. Roma. Angelicum XII. (1935)

El Estado según F. Vitoria. R.P.E. Naszalyi. O.C. Madrid. Edic. Cultura Hispánica, 1948.

Diuturnum illud, de León XIII Doctrina Pontificia II Documentos políticos. J.L. Gutiérrez García. Intr. A. Martín Artajo pag. 107-126. Bibliot. Autores cristianos.

Inmortale Dei: León XIII (Constitución cristiana del Estado) Misma edición. B.A.C. Pag. 186-220.

Libertas Praestantissimum. León XIII misma Edición. B.A.C. pag. 221-260.

Au milieu des sollicitudes. León XIII: misma Edic. B.A.C. las formas de Gobierno, pag. 295-311.

Rerum Novarum. León XIII Doctrina Pontificia. Documentos sociales. F. Rodríguez, Ed. B.A.C. pag. 247 y sig.

Quadragesimo Anno.- Pío XI Doct. Pont. Docum. Sociales. id. pag. 618.

Mater et Magistra. Juan XXIII. Doct. Pont. Doc. Sociales. Edic. B.A.C. pag. 1103.

Paten in Ferris. - Juan XXIII. presentación, sinopsis y notas del Pr. Don Joaquín Jiménez-Ruiz. Edic. y Publi. EPESA. Colección Pax Romana. Madrid. 3 de Mayo 1963.

Concilio Vaticano II. 11. Constituciones, Decretos y Declaraciones, Prof. Doctor Casimiro Morcillo, Arzobispo de Madrid-Alcalá. Edición Biblioteca Autores Cristianos. Declaración sobre la libertad religiosa, pag. 679 y sig.